

La Esfera

11 Agosto 1917

Año IV.—Núm. 189

ILUSTRACION MUNDIAL

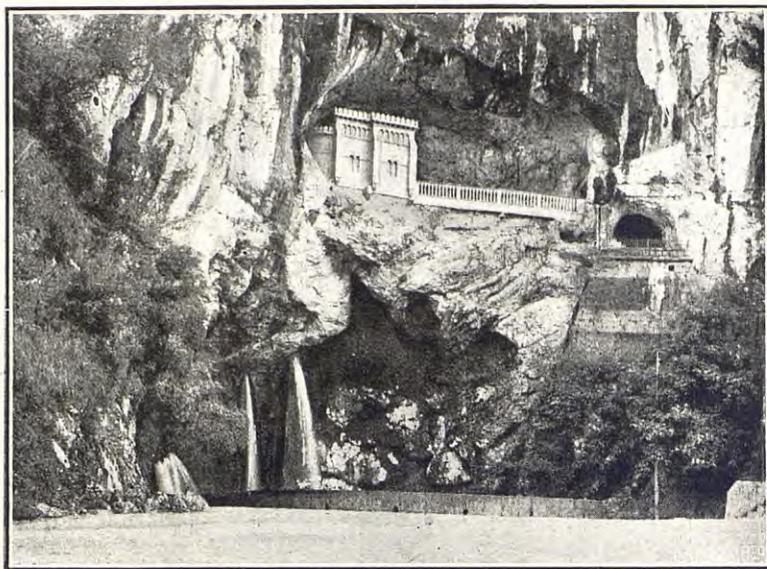


MUCHACHA VALENCIANA, cuadro de Joaquín Agrasot

DE LA VIDA QUE PASA



Vista general de la basílica de Covadonga



La Santa Cueva, en la montaña de Covadonga

COVADONGA, LA ILUSTRE

Para D. Mariano Zavala

AL solo conjuro del histórico nombre, no hay español, medianamente culto, que se muestre indiferente, insensible, cualquiera que sea la dosis de escepticismo de que esté poseído. El recuerdo de la inmarcesible hazaña realizada por aquel puñado de héroes en el sacro rincón asturiano, acude, *ipso facto*, al pensamiento, no siendo posible evocar las bellezas naturales que avaloran el pintoresco sitio, sin recordar al propio tiempo los incidentes de la gloriosa batalla.

La circunstancia de que, debido á la hermosa iniciativa del admirable periodista D. Mariano Zavala, se haya formado una corriente de opinión en pro de que se conmemore con toda solemnidad el duodécimo centenario de aquella épica acción, ha hecho revivir en nuestra memoria las inefables impresiones que nos produjo la visita á Covadonga, y nos ha impulsado á cooperar con nuestro humilde esfuerzo á la propagación de tan generosa idea.

ooo

La admiración que sentíamos desde la niñez cuando, deletreando aún, leímos el portentoso relato, lejos de amenguarse, agrandóse al correr de los años, y á medida que comprendimos toda la gigantesca significación y trascendencia del homérico hecho, fué éste uno de los que mayor relieve adquirieron en el monumento de veneración que en nuestro fuero interno erigimos á los sucesos memorables de la Patria.

Por eso, cuando un feliz encadenamiento de las vicisitudes de nuestra vida nos deparó la fortuna de visitar Covadonga, reputamos cual ventura excepcional, inmensa, permanecer durante unas horas en aquel lugar excelso que sirviera un día de extremo refugio al heroísmo y la fe, por cuyas intensas llamaradas hubo de asegurarse la supervivencia de la raza.

Podrá haber panoramas más hermosos y de mayor grandiosidad; pero no es fácil que en parte alguna se sienta nuestro ánimo tan orgulloso de ser español, se avive tan profundamente el fervor patriótico, como en las montañas de Covadonga. No en balde, en aquellas escabrosidades asentó sus reales el primer monarca hispano, teniendo por trono una roca, por palacio una cueva, por corona los laureles conquistados, por símbolo de su soberanía, la cruz, y por reino el pequeño territorio que comprenden aquellos acantilados y angosturas. No en vano, habiéndose estrellado las huestes de Alkamah contra el baluarte constituido por aquellos peñascales, arrai-

gó allí de modo perdurable la semilla de la independencia española. ooo

Por muy habituado que se esté á contemplar la frondosidad y frescura de los valles astures, no deja de sorprendernos agradablemente el bello aspecto que se nos ofrece á los ojos apenas partimos de la estación de Arriendas en el tranvía de vapor que se dirige al soberbio paraje. La vegetación, fecunda al principio, va presentándose cada vez con mayor exuberancia, adquiriendo en ciertos momentos caracteres verdaderamente tropicales. Robles, encinas, manzanos, tilos, chopos, multitud de árboles de clases diversas, se alzan en el recorrido á uno y otro lado, extendiéndose por las vertientes del sinuoso valle, esparciendo en el ambiente sus balsámicos olores y proporcionando encantadoras sensaciones á la vista con el alegre colorido de sus hojas. Algunos arbustos inclinan sus musgosos y recios troncos para besar con sus ramas las linfas del Bueña, que corre serenamente á la proximidad, y al reflejarse las espesas capas en el líquido espejo, tiñese éste de una tonalidad verde oscura.

Salpican aquel paisaje de égloga, humildes caseríos y centenares de hórreos y paneras, los típicos graneros del país, que son casitas de base cuadrada, construídas de madera de castaño generalmente, y sostenidas por cuatro ó más pilares, al objeto de preservar de la humedad los productos agrícolas. En las puertas, en los corredores volados de las casas, en medio del campo y en dondequiera que se hallen, las gentes campesinas saludan al pasar el convoy, y mientras los rapaces, alborozados, gesticulan grotescamente y hacen ademán de despedida, las rapazas—algunas, por cierto, de singular hermosura—con sus sayas cortas—inconscientemente á la moda—y sus indumentos de vivos colores, esquivan sus facas sanas y coloradotas á la curiosidad de nuestras miradas.

De improviso, en uno de los recodos del trayecto, descúbrese allá, en la lejanía, la Basílica de Covadonga, iluminada parcialmente por los rayos solares, entrecortados por el denso y mutable velo de las nubes. Las deleitosas emociones que hasta entonces se han experimentado ganan en intensidad, al aproximarnos al fondo del valle, alcanzando su grado máximo cuando se llega al pie del famoso santuario y se divisa, por fin, la santa cueva donde afirma la Historia que Pelayo y sus secuaces lograron la trascendente victoria. El cuadro que la Naturaleza nos brinda es por demás impresionante y digno de que la mágica pluma de un Walter Scott lo hubiese descrito. La grandeza estética que se admira allí, con aquella corona de montañas que, cual guardianes gigan-

tescos, circundan la sagrada gruta, á cuyas plantas se precipitan, en rugiente y vistosa cascada, las aguas del Deva, así como los mil matices diferentes que embellecen el augusto lugar, hubieran hallado en la poderosa imaginación del descriptor escocés la necesaria elocuencia para captar, con su envidiable lirismo, la armonía de tan magnífica perspectiva.

La capilla de la Virgen, tallada artísticamente al gusto bizantino, los sepulcros de Pelayo y Alfonso I, la biblioteca, la esbelta y graciosa Basílica, la sala de ornamentos, donde tantas y tan riquísimas ofrendas se encierran, muchas de ellas debidas á egregios monarcas y personajes de alta estirpe; todo, en fin, cuanto allí existe interesa y suspende. Aquel plácido y sugestivo sitio, verdadero templo del patriotismo, que debía ser visitado por todos los españoles, fortalece nuestro espíritu de nacionalidad, nos eleva á las más puras regiones del ideal y el alma se inunda de confianza en los destinos patrios.

Consideramos que nada patentizará mejor la insigne y noble representación, el magno simbolismo de Covadonga, como las siguientes frases del Sr. Vázquez de Mella, entresacadas de la vibrante y admirable dedicatoria que el ilustre orador dejó escrita en el libro de firmas del monasterio: «En esta gruta aprendí á deletrear la fe de bautismo de España y de la Monarquía; aquí nacieron las dos sobre un altar y un escudo de un guerrillero cántabro... Esa Monarquía que, con otras semejantes á ella, formara la Patria común, empieza como un arbusto desmedrado que doblan la nieve y el viento, en una grieta del Auseba y llegará á ser tan grande, que la cordillera de donde brota no será más que una de sus raíces, y la historia universal tendrá que pasar inclinada ante su sombra...»

ooo

Pues bien; ahora que los pueblos sometidos al formidable cataclismo que convulsiona al mundo, rebuscan en su pasado hechos gloriosos que les sirvan de ejecutoria de sus derechos al triunfo y de acicate para continuar la lucha, no olvidemos tan saludable enseñanza los españoles. Preparémonos para celebrar la Fiesta de la Patria el año 1918 en Santa María de Covadonga, acudiendo allí, en masa, representaciones de toda España, y deponiendo ante la sagrada cripta todos aquellos exclusivismos de región que puedan menoscabar lo más mínimo la unidad nacional. Que solamente se engrandecen los pueblos cuando late en ellos unánimemente un patriotismo vigoroso, sin que el menor atisbo de concupiscencia particularista lo pueda mancillar.

FRANCISCO ANAYA RUIZ

LEYENDAS RELIGIOSAS
EL ORIGEN DE LA SALVE

ALLÁ en remotos siglos y en una ciudad cuyo nombre no hace al caso, había un joven de familia muy modesta, extremadamente contrahecho y con la figura diminuta de un gnomo. Era el tal, además, de una torpeza intelectual inconcebible. Veinte años contaba á la sazón y no habían logrado padres ni maestros enseñarle el abecedario. Torpe, muy torpe era, pero paciente y cariñoso á maravilla.

Y como era muy bueno y muy desgraciado, era también muy religioso: que la religión es hermana gemela del sufrimiento, y la oración el único refugio de los tristes.

Sin servir para nada en la vida, física ni intelectualmente, encontrando su alma pura y veheméntísima, fríos é incompletos todos los cariños de la tierra, su corazón se refugiaba en el purísimo y sublime de la Virgen María, de quien era devotísimo.

Y no pudiendo en la prosaica y peligrosa vida mundana, dar satisfacción á sus fervores, ingresó en un convento.

Los frailes de aquella Orden, todos muy inteligentes y cultos, intentaron en vano que aprendiese á leer. Y creyendo que era holgazanería, desatención y desobediencia lo debido exclusivamente á un defecto del cerebro, le reprendían severamente, aunque con suavidad maternal y dulzura evangélica.

Y el pobre frailecito aquél, cuyo nombre nos han legado las crónicas, limitándose á decirnos que, por su defecto físico, le llamaban Contracto, lloraba desconsolado y sufría el tormento espiritual más enorme que puede padecer el ser humano: el esfuerzo desesperado é impotente para lograr aquello que es imposible.

Y una noche lloró y rogó tanto á la Virgen, pidiéndole que iluminara un poquito su cerebro, que en la soledad de la capilla y á la bella hora del atardecido, Nuestra Señora, radiante de luz y plena de dulzura, se le apareció y le dijo: «Conmovida por lo mucho que me amas, desde hoy daré claridad á tu cerebro; comprenderás bien lo que estudies, y, á cambio de esta merced, sólo te pido una cosa: que compongas en honor mío una oración que luego adoptará la Iglesia, rezándose en todos los templos y en todos los hogares.» Y diciendo esto desapareció, dejando sumido al pobre fraile en un éxtasis dulcísimo de arrobamiento y de ternura.

ooo

Al día siguiente, con gran asombro de los frailes, Contracto comenzó á deletrear admirablemente. Al poco tiempo, leía con perfección. Y para mayor gloria de la excelsa Señora, aún los buenos frailes se obstinaban en su equivocado concepto al considerar mudanza tan notable.

Contracto no se atrevía á contar la aparición por temor á no ser creído y que se burlaran de él, y parte también por ese dulce encanto que para las almas delicadas tiene el secreto de las acciones buenas y generosas y de los hechos grandes y bellos.

La inteligencia progresaba de una manera maravillosa en el cerebro de Contracto. Llegó á ser tan inteligente y culto como sus hermanos en Orden, y en cultura literaria y artística, sobre todo, era verdaderamente notable. Componía versos muy bellos; pero su obsesión dominante, desde que la Virgen se le apareció, fué escribir una oración á la Madre de Dios, digna, por la delicadeza y ternura de sus pensamientos y la belleza del estilo, de la excelsa Reina de los Angeles. Encerróse en su celda, día tras día, y una tarde, á esa hora inefable del *Angelus*, en que el espíritu se eleva queriendo unirse con su Creador y anhelando una vida inmortal donde las almas se embriaguen de Armonía y de Luz,



“La Virgen de los Dolores”, cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

leyó á sus hermanos esta hermosísima oración, unguida de emoción y de poesía, que tiene más belleza literaria que la mayoría de los versos huecamente sonoros ó neciamente sensibleros de muchos poetas consagrados por la fama y laureados por el vulgo oficial, y que empieza: «Dios te salve, reina y madre...», y que termina así: «Y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre».

Los frailes abrazaron conmovidos y llorosos á Contracto. Este les contó entonces la milagrosa aparición, que fué creída por todos.

Y, pasados muchos años, cuando Contracto gozaría ya seguramente de las delicias celestiales,

de la Contemplación de Dios, de Cristo y de la Virgen María, á quien había amado tanto y de la que había sido tan devoto en la tierra, Nuestra Santa Madre Iglesia adicionó el resto á la bellísima oración de Contracto.

Y he aquí, lector amigo, pobre é indignamente narrada por mi tosca y torpe pluma, una de las dos ó tres versiones que la Historia religiosa nos da del origen y creación de esa oración inmortal é inefable que se llama la Salve. Y como de las dos ó tres versiones la más bella es ésta, por eso te la he contado, lector, que lo más bello y delicado debe ser tenido siempre por lo más verdadero.

JOSÉ ANTONIO VALLESPINOSA Y VIOR



“La copla”, cuadro de Joaquín Agrasot

ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

JOAQUÍN AGRASOT

SUAVE y profunda melancolía nos invade al evocar la obra de este artista que todavía vive y alienta entre nosotros, y que es, tal vez, el decano de los pintores españoles.

Ante sus lienzos de los años últimos, la crítica enmudece y recuerda, como un desquite, aquellos otros pretéritos que triunfaron en las Exposiciones Nacionales en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres. Una vida tan extensa y fecunda merece ser contemplada con respeto.

Pocos son los pintores españoles que quedan de la generación de Joaquín Agrasot. Y todos más jóvenes que él: Pradilla, Villegas, Muñoz Degraín, Francisco Domingo, Alejo Vera.

Fué compañero y amigo de Fortuny, de Rosales, de Palmaroli, de Puebla, de Martínez del Rincón, de Gisbert, de Mercadé, de Zamacois, de Bécquer, de Martínez Cubells, de Pinazo, de Ferrándiz, de Araujo, de Rico, de Lucas, de Madrazo, de Domínguez, de Balaca, de Ferrant.

¿Imagináis lo que esto supone? Es presenciar toda la evolución estética de tres cuartos del siglo XIX y de los comienzos del XX; es presenciar cómo se van renovando y substituyendo las tendencias; cómo unos nombres anulan y oscurecen á otros; cómo los gustos del público y de la crítica cambian, y cómo los triunfos se olvidan y los hombres se van muriendo...

La lamentación de Jorge Manrique habrá acudido muchas veces á sus labios, ante lo que imaginara audacias y falsedades modernas. A buen seguro que este viejecito octogenario no estará conforme con la pintura actual; la acusará de insincera, de poco representativa, de desligada de la tradición castizamente española.

Y no será nueva su acusación. Ya el año 1871, cuando Joaquín Agrasot estaba en la plenitud de su vida y de sus triunfos, el crítico Turbino reprochaba á la pintura española de afrancesada y desorientada.

«Es el influjo traspirenaico—dice Turbino en su obra *El arte y los artistas contemporáneos en la*



"Entrada del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste", cuadro de Joaquín Agrasot, que figuró en la Exposición Nacional de 1887

península—. Pintáranse los acontecimientos de la vida, según que cumple á la elevada misión del arte, y la crítica no tendría más que aplausos; pero sucede todo lo contrario: por un artista bien dirigido, hállanse diez que van por los atajos de la precipitación, de la extravagancia y del mal gusto. Fáltanles reposo, estudios, seguridad, experiencia, un norte fijo; sóbranles facultades, incorrección, osadía y aturdimiento.

Concreta más aun el crítico:

De las provincias, sólo en Valencia se descubren conatos á organizar un movimiento propio, con propios caracteres. Estilo abocetado y brioso, franqueza en la manera, vigor en el colorido, abundancia de tonos grises y un tanto fríos, incorrección en el dibujo. He aquí los rasgos que caracterizan esa tendencia que se anunció con Muñoz Degrain, Martínez Cubells y algún otro, para tomar después cuerpo y sistematizarse hasta formar la base de una escuela donde Domingo figura en primera línea. Pertenecen á este grupo jóvenes tan aprovechados como Borrás, Benso, Peiró, Pínazo, Salvá, Navarro, algún otro que se anuncia como dotado de excelentes disposiciones, y hasta el mismo Salas, á pesar de su *Príncipe de Viana*, pintado bajo el influjo de otro maestro.

»También se aproxima á la naciente escuela, por el color, Montesinos Ansina; y no se puede negar que á ella corresponden Gomar, Galmis y Gastaldi, siquiera sigan por atajos peligrosos.

»Agrasot, Ferrándiz y Franco, aunque valencianos, no contribuyen á ese novísimo florecimiento. Su respectiva tendencia es exótica, y lo mismo acontece con Gisbert, Navarrete y Jover, que han estado pensionados en Roma durante algunos años, Monleón, hijo, asimismo, del reino de Valencia, fué discípulo de Haes, y después estudió en Bélgica y Holanda.

Puede la escuela valenciana que apunta adquirir renombre é importancia, pues no le faltan medios, aunque carece de experiencia, elevación y disciplina. Domingo, que parece ser el adalid, no ha pintado hasta ahora más que telas secundarias. ¿Para cuándo aguarda? Su *Santa Clara* es una monja; su busto, á lo Rembrandt, un estudio del natural; su *Ultimo día de Sagunto*, un boceto, Muñoz Degrain malo-



JOAQUÍN AGRASOT
Ilustre pintor español

gra ricas facultades y pinta de memoria el paisaje; los demás, trabajan el género á la francesa; esto es, la futilidad y el despropósito, ó producen obras insignificantes, faltas de inspiración y trascendencia.»

¿No se presiente en estas palabras el advenimiento del Mesías de la pintura moderna, de Joaquín Sorolla, que cuando Turbino veía en Valencia la posibilidad de un renacimiento de la pintura española, tenía escasamente ocho años?

Aunque afiliado á la pintura valenciana, de tal modo que puede considerársele como el patriarca de ella, Joaquín Agrasot es alicantino. Nació en Orihuela, el 24 de Diciembre de 1856.

Desde muy niño empezó á estudiar dibujo con un pintor mediocre, y ya totalmente olvidado, Francisco Martínez. Cuando tenía poco más de veinte años se trasladó á Valencia y amplió sus conocimientos artísticos en la Academia de San Carlos, de donde han salido tantos y tan notables pintores levantinos.

En 1860 concurre á la Exposición de Alicante con los lienzos *La educación de la Virgen*, *El sacrificio de Isaac* y el retrato de *Don Juan Alfonso de Albuquerque, Obispo de Córdoba*, que son recompensados con una medalla de bronce.

En 1861 marcha á Roma, donde traba íntima amistad con Mariano Fortuny. El arte nervioso, inquieto, brillantísimo del gran pintor catalán, influye notoriamente en esta época de Joaquín Agrasot. Alterna con los cuadros de mayores dimensiones las tablitas y lienzos pequeños de caballete.

En 1864 obtiene otra tercera medalla en la Exposición Nacional con la obra *Lavandera de la Scarpa*. Cuatro años después, en la Nacional de 1868, es recompensado con segunda medalla su cuadro *Las dos amigas*, que había de obtener igual recompensa en la Internacional de Filadelfia, el año 1876.

Además de estos cuadros ya mencionados, se consideran como sus obras más importantes *Muerte del marqués del Duero*, *Un taller de modistas en el siglo XVIII*, *Antes de la corrida*, *En la feria*, *El primer nieto*, *Una manola con un torero y una vieja*, etc., que se conservan en importantes pinacotecas oficiales y particulares de Austria, Francia y España.—SILVIO LAGO



"Un prestidigitador en el año 1800", cuadro de Joaquín Agrasot

PÁGINAS POÉTICAS



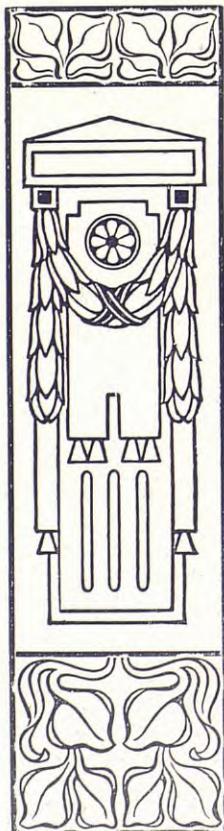
En el llano glorioso...

En el llano glorioso—donde otro tiempo reyes lucharon como fuertes y heroicos capitanes—, tras las yuntas calmosas de pacíficos bueyes, la mano en la manquera, avanzan los gañanes, cumpliendo con perennes y rústicos afanes del trabajo las duras ineludibles leyes...

Monorrítmica y grave, la canción de la brega vuela lenta y pausada á lo largo del llano, late en todos los sitios, de todos sitios llega; vibra, como la musa de este campo lozano, en las cumbres enanas de aquel monte lejano, en caminos, en tesos, cabe el río, en la vega...

Un altar grande y noble, un altar consagrado al trabajo, parece la tierra estremecida; altar en que oficiara, contento y resignado, el gañán que con mano bien morena y curtida va hundiendo por el surco, con rudeza garrida, su cáliz, que es la reja de su rústico arado...

Por la reja al sentirse la tierra desgarrada, se llena de divinos lujúricos temblores, como una dulce novia heroica y abnegada que á su amante pagase los tormentos mayores con besos—las espigas—, con caricias—las flores—, siempre alegre y fecunda, sin quejarse de nada...



La tierra es un milagro de amor el que contiene. La tierra es como una amante misteriosa que crueles herimos y á sonreirnos viene; cuanto más desgarramos su entraña generosa, más lozana y más bella, más tierna y dadivosa, nos demuestra, florida, este amor que nos tiene...

Avanzan los gañanes, la mano en la manquera, tras los bueyes mansos, por los surcos terrosos—arar, sembrar, segar, así es su vida entera—; avanzan recios, duros, avanzan despaciosos, dando al viento los graves cantares cadenciosos, las rústicas tonadas de musa romancera...

Avanzan, sacerdotes del rito del trabajo, tras las yuntas calmosas de pacíficos bueyes, arrancando terrones y raíces de cuajo, en el llano glorioso donde otro tiempo reyes lucharon por su cetro, cumpliendo con las leyes que gobiernan la vida, surco arriba y abajo...

Avanzan, y los surcos va trazando su afán; avanzan recorriendo su penoso camino; por los surcos terrosos bajan, tornan y van, sumisos á su pobre despótico camino, cumpliendo, resignados, el mandato divino: "Con sudor de tu frente te ganarás el pan"...

EL VERANEO EN MADRID

PALOMEQUE (*Empleado con seis mil reales*). Los afortunados mortales que se van á las playas norteñas miran con una irónica compasión á los que nos quedamos en este horno cortezano. Sin embargo, á no ser por el ansia de renovar horizontes, en Madrid no se pasa del todo mal.

DON ABDÓN (*Comerciante opulento*).—¡ Calle usted, Palomeque! Usted es un hombre poco distinguido. La gente *bien* no podemos aguantar el estío sin salir...

PALOMEQUE.—Vamos á ver. ¿Qué echa usted de menos en la Corte? Por las mañanitas, al Retiro. Confieso que el estanque susituye con desventaja al proceloso mar; pero, con un poquito de fantasía... A las cinco, salgo de mi casa—que es la de usted—acompañado de mi señora—que no es la de usted—y con mi caja de pinturas. Yo tengo la debilidad de las acuarelas...

DON ABDÓN (*Solemnemente*).—¡ El cocido es el arreglo de la familia!

PALOMEQUE.—Los garbanzos se suben á la cabeza y producen meningitis. Pero con seis mil reales, ¿qué va usted á comer? Pero mientras usted come, vestido de etiqueta, en un gran hotel, yo me trago los balines en mangas de camisa, y tan fresco. Luego, al café, que susituye al Casino. Y mientras usted pierde unos miles de pesetas al *bacarrat*, yo me juego el café al tute ó emprendo una partida de tresillo y me paso toda la tarde cambiando pedacitos de cartón con otros señores, ya que no podemos cambiar ideas, como dijo Schopenhauer.

DON ABDÓN (*Irónico*).—¡ Palomeque, erudito!

PALOMEQUE.—A peseta el tomo. Palomeque tiene una indigestión de literatura traducida á

de comprender el encanto de la ensalada de pepinos?

DON ABDÓN (*Alarmado*).—Pero el pepino, ¿se come?

PALOMEQUE.—Un empleado de seis es capaz de digerir el balduque. Y después á Rosales. ¿Qué me dice usted de aquella perspectiva? Entorne usted los ojos y creará ver un océano negro y ondulante.

DON ABDÓN.—Con mucha fantasía, tal vez.

PALOMEQUE.—Y si quiere hacerse la ilusión de que está en Monte Carlo, baje á la Bombilla, donde hay espléndidas cocotas y mesas vestidas de verde, donde Tagarote tira el pego vestido de *smoking*.

DON ABDÓN.—¿Qué me cuenta usted?

PALOMEQUE.—Los gobiernos hacen la vista obesa, porque dicen que así no hay mendigos



DON ABDÓN.—¡ Horror! Pintar acuarelas y montar en bicicleta son las dos cosas más odiosamente pueriles.

PALOMEQUE.—Nos damos un paseo por la playa, y hasta una vueltecita en el vapor, si estamos en fondos, para completar la ilusión marina. Después nos comemos una tortilla, á la sombra de un árbol, cuidando que no nos vean los guardas, porque ya sabe usted que no dejan.

DON ABDÓN.—¿ Y qué les importa á los guardas que la gente coma tortilla?

PALOMEQUE.—¡ Es un secreto municipal! Los guardas no dejan comer, ni dormir, ni que los novios se arrullen en la espesura.

DON ABDÓN.—¡ Es que sufre mucho la moral!

PALOMEQUE.—¡ Mire usted dónde ha colocado la moral el Ayuntamiento. Continúo. A las ocho, á la oficina, hasta las dos. Dicen que las oficinas son unas cosas muy necesarias, y yo trato de persuadirme tomando café á *escote* con López y con Pérez y leyendo el *Nuevo Mundo*. Después de salir, el momento emocionante de la vida nacional. ¡ El cocido!

diez duros el volumen. Cocido en el traductor y cocido en el lector. Padecemos un cocidismo extenuante. Lo demás, lo bueno, lo acaparan unos cuantos Abdones, que son banqueros, políticos ó que lo han heredado de papá.

DON ABDÓN.—¡ Palomeque, revolucionario!

PALOMEQUE.—El cocido á diario fomenta las ideas anarquistas, como dijo *Zarathustra*, no el teutón, sino un chico que es escritor y que como tiene inteligencia, no es ni comerciante, ni trepador de ministerios, ni arzobispo, ni siquiera come cocido.

DON ABDÓN.—¡ Mal están entonces las letras en España!

PALOMEQUE.—Porque don Abdón no sabe leer.

DON ABDÓN.—¡ Hombre!

PALOMEQUE.—A ver, ¿cuántos libros ha comprado usted este año?

DON ABDÓN (*Llevando la conversación por otros derroteros*).—Siga usted con su encantador veraneo en la Corte.

PALOMEQUE.—Nos falta la noche, ¿verdad? ¡ Ah! La noche es deliciosa. ¿Es usted capaz

por la calle, y lo que sucede es que se aumenta la clásica cofradía de pediguñeros con los que despluman á diario en esas chirlatas elegantes que se llaman *receros*, donde van cocotas, apaches y tontos.

DON ABDÓN.—Y después, ¿á la cama?

PALOMEQUE.—No, señor. Antes hay que tomarse un veinte de agua de cebada, que es un vaso donde puede naufragar un acorazado.

DON ABDÓN.—Pues, á pesar de lo pintoresco del veraneo en Madrid, yo me marchó á San Sebastián.

PALOMEQUE.—¡ Toma, y yo también si pudiera! Pero hay que hacerse la ilusión de que lo pasamos muy bien aquí. Si los pobres no supiéramos vivir de ilusiones, ¿no le asusta pensar lo que les pasaría á los ricos?

(*Don Abdón se despide, porque el diálogo toma un giro desagradable para un hombre de orden que tiene tripa, dos millones de pesetas y al que le importa un pito si los demás viven bien ó mal.*)

E. CARRERE

DIBUJO DE RAMÍREZ

CUENTOS ESPAÑOLES



LA CIUDAD



ARRIBA, Sofí! ¡Trepemos á la cumbre!
Y valientemente, jadeantes ya, ascendimos por el lado opuesto al gran panorama que buscábamos.

Negros nubarrones, errantes bohemios del espacio, lo surcaban impelidos por el húmedo vendaval que deshacía, violento, los encantadores rizos de Sofí... Cuidadosamente, feminamente, defendíalos ella con las alas de su gran pamelón amarillo, adornado con grupos de amapolas; amapolas silvestres recogidas por mí al ascender á la cumbre. Y llegamos.

Tendimos la mirada á nuestros pies, y la ciudad, la gran ciudad moderna, con sus vías amplias y arboladas, ofrecióse á nuestros ojos, entronizada en la verde colina, apoyada en el llano y empujando hacia el mar, como si lo rechazase. el barrio antiguo, negruzco, deforme, achaparrado, como un gran batracio húmedo y viscoso... Sobre él, plomizo nubarrón reflejaba su sombra, mientras la luz del sol, escapando húmeda y amarillenta por los bordes de aquella gran pantalla, iba á iluminar la ciudad moderna, bien organizada, espaciosa, libre... La ciudad coloso, con sus

grandiosas cúpulas, sus agudas monterolas de pizarra, sus elevados minaretes, sus miles de chimeneas humeantes y sus trenes cruzando rápidos por los arrabales y hundiéndose, desapareciendo entre los montes vecinos, se ofreció á nuestro atónito mirar.

—¡Qué hermosa! ¡Qué grande!—exclamé yo.

—¡Ay, sí! ¡Da miedo!—balbució Sofí, disputando maquinalmente su pamelá al vendaval, que nos azotaba como queriendo arrojarnos de la altura.

Las mejillas de Sofí, siempre pálidas, con palidez espiritual y misteriosa, ostentaban en aquellos momentos el vivo arrebol de la sangre... Sus labios anhelaban, rojos y secos; sus ojos brillaban, fijos en la ciudad, con odio reconcentrado, silencioso... ¿Por qué?...

Fácil en forjar al minuto historias que se viven en años y se cuentan en espantables tomos, para recreo de cerebros sencillos y emoción de almas candidas; imaginé la de mi amable amiga, la de aquella muñeca pálida, de ojos empañados al reír y labios sollozantes al gozar... Sí; en su pasado, quizá vulgarísimo, tan vulgar como todos los grandes dramas de la vida, eternamente repetidos, debía de hallarse la causa de aquel odio que irradiaba de las verdes pupilas de mi

con esa perversa brutalidad ingénita de los seres incultos... ¡Son tan despiadadas las almas vírgenes!...

Yo no conocí jamás al hermanito de Sofí... Sabía de su existencia porque ella me confesó, entre besos maquinales, caricias acostumbradas y suspiros... por la suerte del rapaz. Lo probable era que viviese. ¿Cómo? ¡Quién sabe! En el arroyo, en la cárcel, en la fábrica... «¡La gran ciudad se lo tragó!», decía Sofí, con su pintoresco lenguaje, gráfico y correcto.

¡La ciudad! ¡Qué grande! «¡Ay, sí! ¡Daba miedo!»

Con la mirada absorta en su contemplación, azotada por el viento, Sofí permanecía inmóvil... Dos lágrimas oscilaban en sus pestañas de oro...

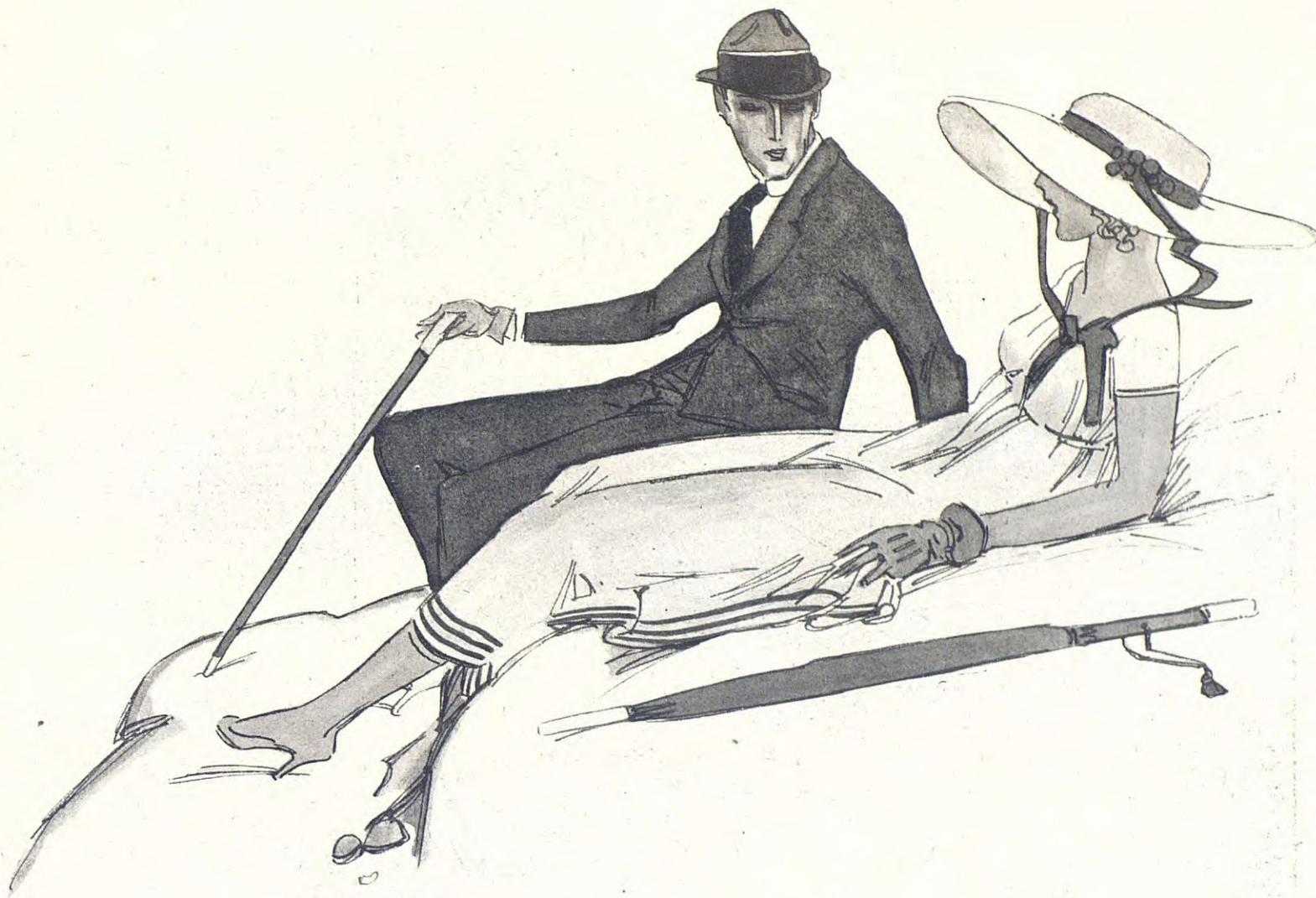
La ciudad destellaba por sus cúpulas y torrecillas, al choque de un último rayo de luz horizontal, diafragmada por los rasguños de las nubes...

Sofí lanzó un grito: el de la concepción de una gran idea, que emitió irguiéndose, ceñuda su carita de caricia, retadores sus ojitos de fiebre...

—¡Apedrémosla! — gritó —. ¡Apedrémosla!

Dióme el ejemplo... Se agachó rápida, enfadó proyectiles, y... ¡allá van piedras, con la rabia impotente de los vencidos, que se revuelven airados contra el verdugo!

El ataque fué iracundo, brutal, heroico!... Nuestras piedras caían á muchos metros del enemigo; pero, ¡qué importaba! Nosotros seguía-



PENAGOS

encantador juguete... Y allí, en la cumbre, abstraído, mirando sin ver, oprimiendo mi brazo la cálida cintura de Sofí, la supuse chiquilla talentosa, soñando la gran ciudad en la polvorienta aldea... ¡Ah!, un libro, infame á fuer de ameno, se la hizo ver magnífica, esplendente, deslumbradora como una carcajada, tremolante de luz y de colores... El amor y el placer, Abel y Caín de las almas soñadoras, llamábanla con voces parecidas; y presa del placer, por más osado, inútilmente ofrendó más tarde su alma entera al amor... Después... la vulgaridad de siempre, la historia de siempre, que escribirán las mujeres de los siglos venideros con las mismas lágrimas y los mismos besos y sollozos con que la escriben hoy los ángeles de carne.

Murió la madre, y el único hermanito de Sofí, montando en el viejo y desmedrado mulo, emprendió el camino de la gran urbe, en busca de fortuna y de su hermana. Al verle pasar, no faltó, seguramente, quien le hiriera con una frase mordaz, recordando á la muy perdida y riendo

Sentí lástima... Nuestra alegre correría por el monte iba á tener un final triste, impropio...

—¿En qué piensas, Sofí?

Miróme; sonrió con amarga contracción, y, contemplando la ciudad, exclamó:

—¡Es grande, sí! Grande como sus vicios, como sus riquezas, como sus dolores, como su cruel egoísmo. Me pareciera más hermosa si la viese ardiendo... ¡Así, no!... Es el monstruo que atrae, que seduce, que agota todas las fuerzas, que todo lo sacrifica: energías, ideales, ensueños, ¡todo, todo!... En cambio, nada devuelve, nada da. Es el vertedero donde lo que cae se pudre; es el abismo donde sólo se salva, á medias, el que sabe caer... En sus entrañas se ahogan grandes lamentos, se destruyen los seres, impelidos por la ambición de venturas ficticias... Cada ideal realizado; ¡cuántas bajezas, cuántas traiciones, cuántas lágrimas de vencidos y de víctimas!... Es grande, sí, es seductora... pero amieda cuando se la conoce por dentro. ¡No... ahí no puede existir la verdadera dicha!...

mos tirando con toda la bravura que en sus lidalgas empresas pasiera Alonso Quijano el Bueno; y tras la última piedra, allá fué, en alas del húmedo vendaval, el salvazo iracundo, el insulto sangrante, la frase canalla de Sofí... que rompió en un sollozo, cobijándose en mi pecho...

Volvimos á la ciudad cogidos de la cintura... El monstruo nos tragó... Sofí lo dijo riendo y mirándome á los ojos con los suyos verdes, eróticos, con cambiantes rápidos de adoración y burla...

—¡Es nuestro centro! ¡Oh, mi querido!... ¡La vida es más fuerte que nosotros!

Y en sus ojos, que tanto besé en noches locas, había algo muy irónico y muy triste, algo que siendo una acusación contra nosotros mismos, era... ¡una piedra que alcanzaba á la gran ciudad!

Tenía razón Sofí. Lo confesaríais todos, si la hipocresía no fuese la careta de vuestra conciencia ó si vuestra conciencia os interrogara á la luz de la razón.

EL TRAJE DE LA PAZ

Ahora la fantasía de los artistas de la moda está influida por la literatura. Ya no se trata sólo de inventar trajes que sienten bien y avaloren la belleza, sino que se quiere, además, que tengan un carácter, un espíritu suyo capaz de simbolizar una época, una raza ó una ciudad. Así, hemos visto creaciones con el nombre de *Renacimiento* para encarnar todo el espíritu rico, clásico y elegante de esa época, y hemos visto otra *Toledo*, con toda la severidad de los cuadros del Greco, adornando la negrura intensa, espesa, del tejido, un bordado evocador de los adamasquinados; ese ardor del acero y el oro con el negro, que expresa el espíritu de secretos ardores concentrados del viejo Toledo.

Del mismo modo, en estos momentos, la Paz prepara su traje en el fondo secreto de algún palacio de mármol. Ya se han hecho modelos distintos; pero, como ha pasado tanto tiempo sin poderlos usar, se han quedado *demodés* varias veces. Porque el *traje de la Paz* no será el que usen las mujeres antes de ese día, sino desde ese día.

Durante la guerra, los trajes han sufrido su influencia; á pesar de los continuos cambios de modelos, les ha faltado decisión; han tenido, aun los más risueños, algo sombrío y pesado: una especie de sombra de luto.

La Paz miraba todo este espectáculo de trajes, y esperaba que llegase la hora para poner algo más alegre, más pizpireto, más declaradamente audaz y lleno de intrepidez.

El traje de la Paz debe ser un traje ligero, holgado, sencillo, optimista; un traje para poder correr mucho y saltar y moverse con ese algo de ritmo de danza que hay en la Primavera de Botticelli.

Tiene que ser el traje de la Paz de líneas categóricas y decisivas; se la ha

mirado tanto, desde todo el mundo, que, cuando aparezca, su elegancia tendrá que ser definitiva, resolviendo el problema de, sin ser empingorotada, ser deslumbradora.

Nada más delicado que la concepción de este traje, que será el que lleven las mujeres que han de influir definitivamente en los destinos del mundo, y, aunque no debe estar desprovisto de coquetería, debe ser valiente, emprendedor y sencillo, eminentemente sencillo, aunque sin dejar de ser femenino.

La moda de la paz será una moda para renovadoras, para mujeres que deben imponer en el mundo una mayor verdad y una mayor peculiaridad en la vida. No será á propósito sólo para los millonarios, sino propia de todos, modesta, elegante, en la que se reunan todas las llenas de gracia en un gran coro que proclame la Paz definitiva y duradera.

Será una moda de entrada de Primavera, de gran descote. Esto es lo más seguro; pase lo que pase, será moda de Primavera. Necesita llevar en la mano la rama verde, y pasar seguida de la brazada de flores que lleve su elegante doncella, flores recién abiertas, hijas recientes de la reciente Primavera.

Desde luego, con todos los adelantos modernos, es seguro que la Paz no aparezca vestida como la Paz clásica, con un gran manto de pesados pliegues, como los que imitan las estatuas que la representan. Esta Paz será la Paz de nuestros tiempos, una Paz como no ha habido otra; a Paz definitiva, la Paz más humana de todas, y que, por lo tanto, no será aquel falso fantasmón que engañaba después de su aparición. Esta Paz estará hecha, en primer término, por la mujer, la mujer sensata y fuerte, la mujer decidida á que reine una alegría y una tranquilidad definitiva en el mundo.

Esta Paz de nuestros días, esta Paz sincera, llevará en su sencillo traje la escarapela de la libertad sobre el corazón, y vendrá decidida á no ser de los hombres si no le prometen una fidelidad eterna.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



José Zamora

LA REINA DE LINOS JUEGOS FLORALES



CONCHITA MARTÍNEZ PÉREZ

Bella señorita, que ha sido proclamada reina de la fiesta en los Juegos Florales celebrados en Valencia, organizados por "Lo Rat Penat" y el Ayuntamiento

EN EL MESÓN DEL SEVILLANO

TANTAS veces como he ido á Toledo—y han sido muchas—otras tantas he visitado, al caer de la tarde, la «Posada de la Sangre», que está donde la vió Cervantes, sin mudanza en la planta ni en el aspecto, con su patio de pilastras, que sostienen la galería en la que se descubren las puertas de los aposentos en los que posaron los personajes que inventara el grande ingenio alcalaíno. Y en todas estas visitas se me ha aparecido Constanza, la «Ilustre Fregona», según la describió el andariego sevillano que acertaron Avendaño y Carriazo á encontrar á la entrada de Illescas, con su pergenio de «calzones de lienzo anchos, jubón acuchillado de anejo, su colete de ante, daga de ganchos y espada sin tiros». Y tras recrear la memoria con el recuerdo de la narración cervantina, y resucitar á los mozos aventureros, al dueño del mesón, á las criadas, que granjeaban sus beneficios en la incontinencia de los huéspedes, y en fin, á la turba de trajinantes y pícaros que hervía en el pintoresco hostal, en el vecino Zocodover, y en la cuesta del río, por la que subía y bajaba la hueste de aguadores, íbame á mirar el sitio en que Janelo Turriano, el relojero de Carlos V, puso su famoso artificio, con el que proveía de agua el Alcázar. Los sucesos y los sujetos de la novela ejemplar «La Ilustre Fregona» iban desfilando ante mí con un relieve que acaso no tenían los seres vivos que verdaderamente circulaban en torno, porque las creaciones del arte adquieren mayor vehemencia en su existir que la que da la naturaleza. Así, cuando he estado en París, me hallaba cierto de no encontrarme sino por acaso con alguna persona real que me interesase; pero, en cambio, contaba con toparme, donde lo pensara menos, con Luciano de Rubempré ó con Rastignac, los hijos de la musa balzaciana.

Ahora, cuando me depare la suerte la de ir á Toledo, llevaré en mi compañía un amigo sabidor de cuanto pasara en los tiempos aquellos en que curaba á los podridos el doctor Rodrigo de la Fuente, el médico más reputado de la imperial ciudad, y ese me guiará por calles y plazas, y me mostrará el antiguo pueblo memorable, tal y como era entonces, con lo que me pasearé por el Alcana, las Tenerías, las Tendillas de Bienhaya y las Vistillas de San Agustín, donde «solían darse cita los galanes de baja estofa y las damas de medio mogate». Y después de haber ascendido de las hondas riberas del Tajo por la cuesta del Carmen, sabré dar con el sitio en que estuvo el Pradillo de la Caridad y me detendré á sentarme sobre alguna rota columna, para allí meditar sobre la mudanza de las cosas terrenas, comparando lo que es y lo que fué la ciudad que gozaba y goza «fama de tener las más discretas mujeres de España y que andan á una su discreción con su hermosura».

Este amigo, con el que me prometo correr de nuevo las siete partidas toledanas, es la edición crítica de «La Ilustre Fregona» con que acaba de aumentar su admirable biblioteca el maestro Rodríguez Marín, de quien puede decirse, en el arcaico y amadísimo estilo, que es el finibusterre de la adivinación histórica, y para cuya perspicacia no hay sombras ni tinieblas, que así descubre él lo que fué, como si desde la ventana de su despacho, en el palacio del Paseo de Recoletos, lo estuviera contemplando.

La edición crítica de que hablo es un mosaico de notas que iluminan el texto y lo ponen limpio de dudas. Esta erudición, amena é inquiridora, es una nueva musa que interviene inopinada-



EL DOCTOR RODRIGO DE LA FUENTE
Citado por Cervantes en su novela ejemplar «La Ilustre Fregona», y cuyo retrato existe en la Biblioteca Nacional

mente y nos sorprende con revelaciones singulares. He aquí que, mientras un amigo del señor Rodríguez Marín—el bibliotecario y arqueólogo D. Francisco San Román, diligente ilustrador de la vida del Greco—hallaba referencias del doctor La Fuente, citado por Cervantes, y que en realidad existió, el insigne académico encontraba, en un oscuro pasillo de la Biblioteca Nacional, un retrato al óleo de aquel médico, retrato que es maravillosamente expresivo de un carácter; y de este modo, la búsqueda de lo viejo, coincidiendo manos sabias, topan en las tenebrosidades de la muerte con seres que, merced á tales afanes, tornan á la vida. Dígame si no es interesante el haber averiguado que el médico La Fuente, que en la novela asiste en su triste alumbramiento á la madre de Constanza, fué el más reputado práctico de la imperial ciudad, y vivió largo tiempo en ella, y en ella falleció.

Por donde se ve nuevamente que Cervantes tomaba sus personajes en la realidad, «llevándolos á sus libros sin cuidar ni de mudarles el nombre». Consigna á este propósito Rodríguez Marín que, según Icaza, «hay en «La Ilustre Fregona» y en «La Posada de la Sangre» escenas que parecen apoyar la tradición de que fué en Toledo donde se trazaron»; pero pone reparos, en nombre de la severidad de la crítica histórica, al dicho de Martín Gamero, el cual afirmó así: «En esa posada, único lugar de hospedaje que el manco ilustre menciona, antiguo albergue cuyos rincones más recónditos conoce, cuyos servicios describe á la menuda, cuyos amos y criados retrata con las señas más minuciosas; en esa posada, según la tradición constante de

cerca de tres siglos, se hospedaba Cervantes cuando venía á Toledo. Allí comía el pobre y escaso pan que compraba, si no iba á tomar ración en algún bodegón cercano.

Allí, quizás en uno de los cuartos bajos, oscuro, húmedo y mal servido, trazó sobre el papel aquellos rasgos sublimes que le han conquistado y le conquistarán coronas sin cuento doquiera se hable la lengua castellana... Podrá faltar la prueba de esta hipótesis; pero, después de leída «La Ilustre Fregona», hay base para pensar lo que el narrador toledano establece.

Yo estuve un día en uno de los cuartos que Martín Gamero señala, y, en su penumbra, vi á un hombre vestido de paño de Nieva, con polainas de estezado, que escribía sobre pequeñísima é insegura mesa no sé qué papeles. La ilusión fué completa. Creí haber sorprendido una reparación de Cervantes, que volvía á los lugares en que vivió... Pero mi emocionante engaño duró poco. Supe que aquel hombre era un infeliz caballero de Criptana, que había perdido el juicio por las amarguras que le produjeron los pleitos en que le fué arrebatada la hacienda, el cual iba frecuentemente á Toledo, y allí abrumaba á magistrados y jueces con pedimentos y memoriales... Mas había bastado la rápida visión para que yo asistiera á la antigua, verosímil escena: el soldado de Lepanto escribiendo «La Ilustre Fregona» en el sitio en que estuvieron Constanza, los Carriazo y los Avendaño, la Gallega y la Argüello, el Corregidor y sus porquerones, los alegres músicos que cada noche daban fiesta á la hermosa doncella, y toda la graciosa turba del Mesón del Sevillano.

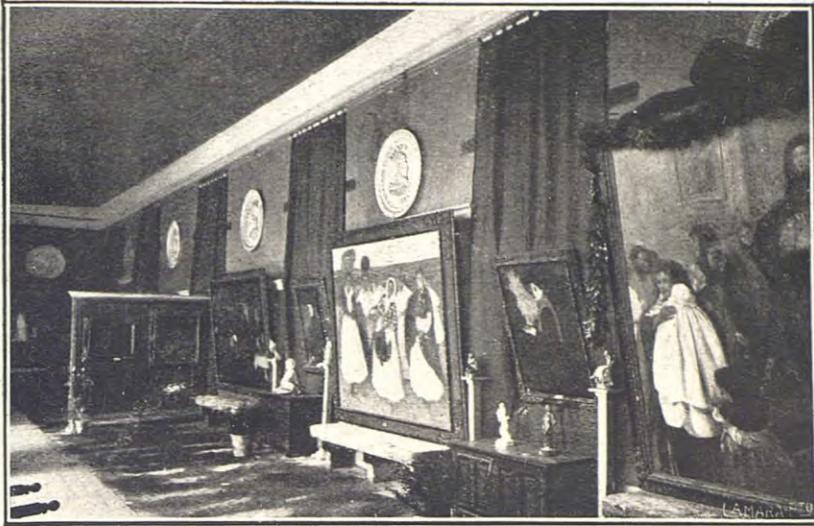
La rememoración de lo que fué nos indemniza del dolor que hoy sufrimos y nos deja comparar, como dijo el poeta de Aminta:

«Il ben passato e la presente noia.»



El Mesón del Sevillano ó la Posada de la Sangre, de Toledo

LA ESFERA
 BELLAS ARTES
 LA EXPOSICIÓN DE VALENCIA



Dos salas de la Exposición de Bellas Artes, organizada por la Juventud Artística Valenciana en la Universidad de Valencia

A la Exposición de este año han concurrido, no sólo los jóvenes valencianos y otros artistas de la tierra invitados, sino que también figuran obras de los maestros Joaquín Sorolla, Mariano y José Benlliure Gil, Manuel Benedito, Cecilio Plá, Francisco Domingo, Cabrera Cantó, y tantos otros. Del viejo y glorioso Francisco Domingo, figuran varias obras, algunas de su última época, otras de su primera, cuando su pincel velazqueño fulguraba espléndidamente.

De Mariano Benlliure, el precioso y encantador busto de la infanta doña María Cristina y dos hermosos vasos. El primero, conocido de sobra, es un encanto de expresión y factura, y los últimos, muestra de la gracia exquisita del Cellini valenciano.

De su hermano D. José se admiran varios lienzos, entre los cuales se ven composiciones desarrolladas con aquel espíritu profundo que consigue el milagro de dar expresiones intensas de vida é intenciones que retratan los delirios que perturbaron á la Humanidad en la Edad Media, y que alguna vez que otra se asoman en estas épocas. La superstición de las brujerías y sortilegios está retratada cual nadie lo hiciera mejor. En oposición á estas obras, vemos otras de la vida actual, pintadas á plena luz, con dominio absoluto de la técnica y de un dibujo clásico por lo seguro.

De Manolo Benedito, un apunte precioso, boceto de su cuadro *La montería*; de Cecilio Plá, una de sus notas elegantes y fáciles; de Cabrera Cantó, una nota de su colorido brillante, y de Juan Antonio Benlliure, un hermoso retrato de señora que, como todos los suyos, explica su fama en esta clase de trabajos.

De propósito dejamos para lo último hablar del lienzo que el gran maestro Joaquín Sorolla, mandó á este concurso. Se trata de una escena de la

playa de invierno, cuando el sol poniente, un tanto frío, pero siempre vibrante, de nuestra tierra, envuelve á dos viejos pescadores que, sentados en la arena, remiendan las redes que sus hijos tienden en el mar en busca del sustento diario. Obra es esa del gran maestro valenciano, de tal potencia colorista, que asombra por la veraz reproducción de la vida y de la luz.

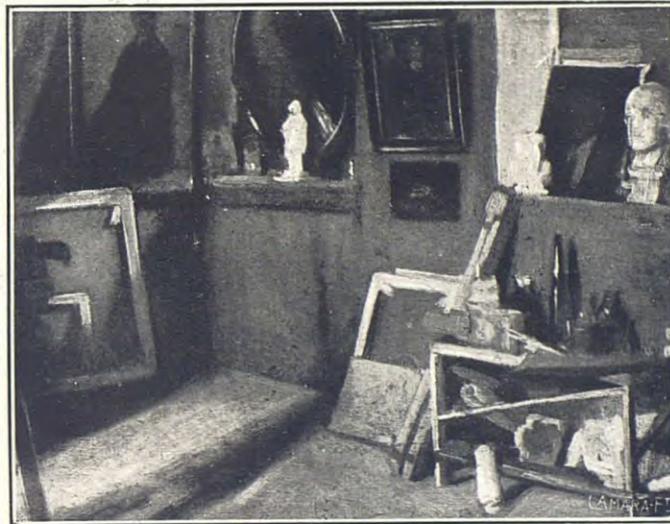
Aparte de las obras premiadas con primera Medalla en la última Exposición Nacional, y que figuran en el concurso, siendo la nota más interesante, por la discusión que provocan entre los artistas y entendidos en Arte han mandado también otras obras, Mir, Zaragoza, Grosso, Urgell, Robledano, Bilbao, Inurria, Capuz, Bermejo Domingo (Roberto), Benlliure Ortíz, Andreu, Llorens, Lacárcel, Martí Garcés, Martínez Cubells, Mongrell (Bartolomé), Perís Brell, Santamaría, Siguencia, Vázquez, Marco Díaz Pintado, Martínez Ballester y Vicent.

Dos son las jóvenes artistas que concurren á este concurso. Una, la hija del maestro Sorolla, Elena, que ha traído dos cabezas, modeladas con tal sinceridad y fuerza de expresión, que superan las demás esculturas que la gente joven presenta en esta Exposición. Y otra, una joven que comienza sus estudios de pintura, hija del que esto escribe, Clara Manaut Viglietti, que se honra acompañando en estas luchas á la genial escultora que dará días de gloria al Arte español.

Si arraigan, como se esperan, estas manifestaciones de Arte; si siguen organizándose estos concursos, en los cuales la juventud muestra sus indiscutibles adelantos, seguramente que el augurio que hicimos en la apertura de la Exposición se realizará, y Valencia será para España lo que Venecia es para Italia.

Valencia, Julio 1917.

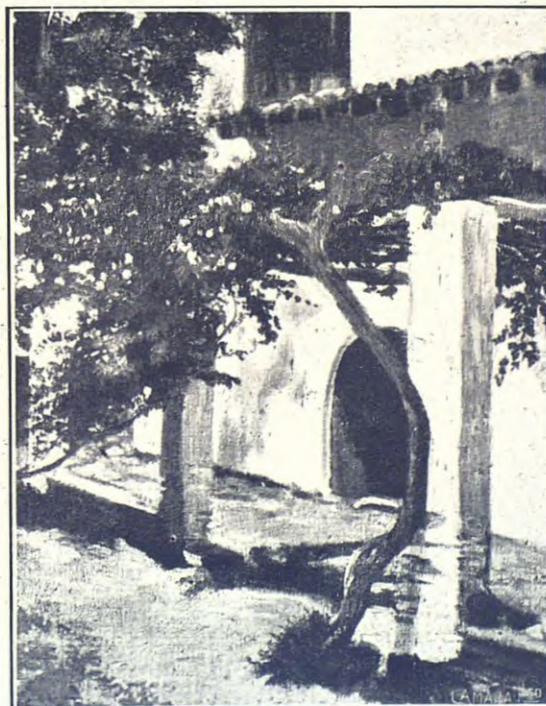
J. MANAUT NOGUÉS



"Interior de un estudio", cuadro original de Tomás Fabregat



"Bodegón", cuadro de Ramón Roca



"Paisaje", cuadro de Vidal Corella



"Retrato", cuadro de Manuel Benet



SOLDADOS INGLESES, ALOJADOS EN UNA GRANJA DEL TERRITORIO FRANCÉS LIBERTADO POR EL AVANCE BRITÁNICO, BRINDANDO POR EL TRIUNFO

Dibujo de S. Ugo

RUINAS HISTÓRICAS

EL MONASTERIO DE VALLDIGNA



Vista exterior del monasterio de Valligna

TENGO en prensa un libro para publicarlo en breve plazo. Pero antes quiero ofrecer sus primicias á los lectores de LA ESFERA, desflorando en sus páginas un tema apenas estudiado; me refiero al título de estas cuartillas, al histórico y olvidado monasterio de Valligna, cuyas ruinas se ocultan entre las rugosidades de unas sierras levantinas.

Neciana lo describe en su crónica, parte III. La

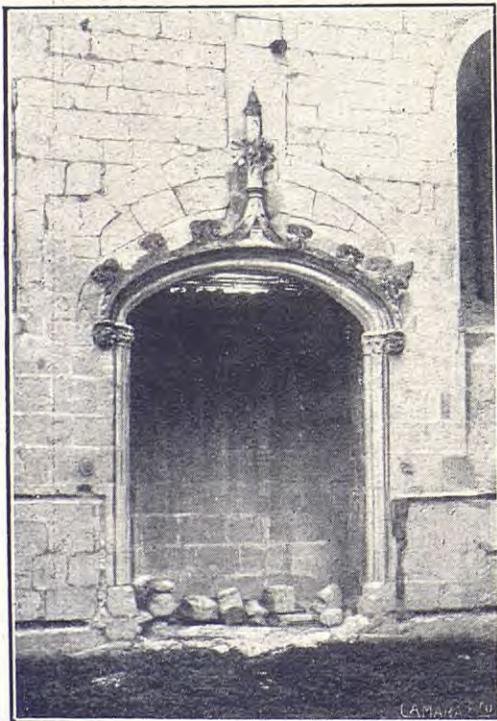
iglesia y monasterio de Valligna es casa real por su fundador. Es fuerte rodeado de elevado muro, con un circuito de doscientas brazas, con sus torres, troneras y defensas. Su puerta, de fuerte sabor mudéjar, está defendida por foso y puente levadizo. Dentro de la casa está la iglesia, grande y hermosa, con el altar y retablo de la Madre de Dios. Es residencia de 36 monjes y 15 frailes, buenos religiosos Cistercienses (1). En la sacristía se atesoran preciosos ornamentos y gran cantidad de vasos sagrados de oro y plata, paños de raso y brocados de seda para servicio del altar y culto del templo; y entre otras piezas, una muy rica mitra guarnecida de piedras preciosas y perlas de valor. Toda la casa en sí es muy capaz y de suficiente desahogo en compartimientos para habitaciones y oficinas necesarias. La abastecen de aguas diez pozos de manantial.

El territorio del valle, propio del monasterio, tiene forma semejante á la herradura de un caballo, correspondiendo su abertura estrecha á la parte del mar y recayendo el círculo ancho al Norte. Rodéanlo altas y escarpadas sierras á manera de gigantesco muro natural. En el fondo de la hondonada verdean las huertas, fertilizadas por abundantes riegos y pródigas en cosechas.

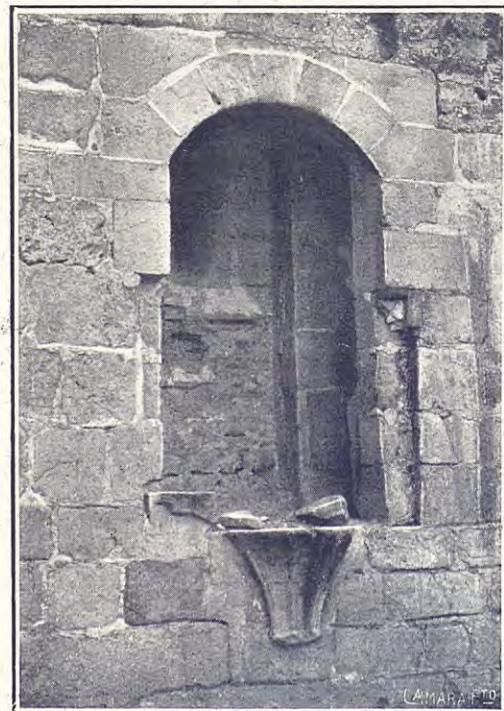
El señorío del abadiazgo se extiende á Simat, Benifairó, Alsulell, Tabernes, Ráfol, Umbría y Masalali, que son los siete lugares del valle de Valligna. También posee el monasterio el lugar de Rugat, del Marquesado de Albaida, y el castillo y villa de Almusafes.

De todo este emporio de grandeza y poderío, que el cronista burriense nos contó, ya no queda más que el recuerdo testimoniado por las interesantes ruinas que, á manera de esqueleto sin vida, aún lo respeta el tiempo. Más que éste, destruyólo la incultura. Unos hombres lo alzaron y otros lo devastaron. La ola de los siglos y la marejada política no arrastraron totalmente el grandioso cenobio de Valligna, y el artista, el historiador, el arqueólogo, el turista, tan sólo

vestigios pueden admirar hoy. El claustro del abad hace equilibrios por mantenerse en pie. Es una maravillosa construcción arquitectónica de mármol blanco, perteneciente al primer período del arte germánico. Sus arcos, en ojiva apenas pronunciada, que se apoyan sobre los interesantes capiteles blasonados de las estriadas columnitas, son de labor delicada y pura. Semean la corona que domina un mar de ruinas ten-



Sitial de la sala capitular



Restos del púlpito en el refectorio

(1) La crónica que resumimos es de 1582.

didas á su alrededor. Lo único que se conserva entero es la puerta de entrada, cerca del monte Toro, frente al barranco Liver, en las afueras del pueblo. Entre dos cuadradas torreones, y junto á la ermita de la Virgen de Gracia, abre la puerta el ex monasterio, con ranuras para antepuerta colgada y atrio de entrada, con crucería gótica en su bóveda. Todo ello sabe á feudalismo. Traspasado el portal, un cuadro de desolación y abandono se ofrece á la vista del visitante. A la derecha, enfrente, un alto paredón (resto de frontera lateral del convento, que amenaza derrumbarse), y á su izquierda, frente á la entrada, el cuadro campanario y gran buque de la iglesia, que ningún interés ofrece. Penetrando á su interior, veremos el sagrado recinto convertido en almacén para confección de naranjas. Es obra del año 1680. Su plano, de cruz latina, con cruceo y cúpula. En los triángulos de ésta hay cuatro gigantescos escudos de nobleza. Las cornisas, un derroche de grotesca talla, y las bóvedas, pintadas, con alarde de churriguerismo y exceso de colorido, por Pascual Ramos. En las paredes laterales de los cruceros, bajo espesa capa de polvo, se conservan unas preciosas pinturas murales, que los cajones de madera que contra ellas se amontonan las van destruyendo. Al fondo, tras el altar mayor, estaba el coro, con su sillería de cien siales bien tallados y el central del abad, con embutidos de nácar, (fué trasladada al convento de la Zaidia de Valencia). En su parte posterior estuvo la sacristía, con dos oratorios y grandes cuadros, según Pons y Villanueva. El altar mayor era de cuatro caras, colocado en el centro de la cruz, bajo un soberbio baldaquino. Este altar, después de la exclaustación, fué trasladado á la iglesia parroquial de Cullera, sirviendo de altar mayor provisional, y, al hacer el definitivo, se retiró al archivo. Fué obra de José Borja, en 1681, y costó 8.000 pesos. También desapareció hace más de diez años el magnífico baldaquino que servía de gigantesco dosel al altar. Sobre cuadrada plataforma se elevaban cuatro columnas salomónicas de mármol, coronadas de cornisas ó gre-



Puerta del refectorio

cas y adornos bien combinados sostenidos por ángeles; los cuatro protomártires, sobre dichas columnas, y como remate del monumento, una esfera que, á su vez, servía de peana á la plateada imagen de la Purísima Concepción, que por su alta colocación invadía ya el espacio de la elevada cúpula del templo. Seis capillas laterales muestran también sin altares. El órgano fué hermoso, con seis fuelles. Fuera de la iglesia abruma contemplar tanto destrozo: los muros desmoronados, las techumbres hundidas y las ruinas á montones (que la yedra y los matorrales tratan de encubrir con verdes gasas). Junto á la iglesia citada estuvo el claustro gótico, del que sólo se aprecian ya tres arcos apuntados y alguna pilastra de sillería. Frente á la puerta lateral del templo se ve, medio enterrada, la del refectorio. El interior de éste es hoy corral. Por el suelo están rotas las cuatro claves blasonadas de las bóvedas. Sus aristas sirven de cerco á un viñedo. Se conserva el hueco del púlpito para el lector. Entre el refectorio y el templo recafa al mismo claustro la entrada de la casa capitular (hoy establo para ganados). Las filigranas y calados de la puerta ojival están tapiados por tosco paredón; la techumbre hundi-

da. Del sitio del abad ofrecemos una fotografía. Las celdas de los monjes blancos ya no existen. Sólo un resto de lienzo de pared, y unos cimientos, dan hoy fe de que existieron. El grandioso dormitorio nos enseña siete ménsulas con arranque de arcos á cada lado. Pero, ¿á qué seguir? Apenas el ánimo pisar tan confusa devastación, que arrasó desde la portería del monasterio hasta el palacio del abad. D. Pedro Suciás dijo que los bárbaros del Norte y los africanos sarracenos no hubieran hecho en Vallidigna tanto destrozo como hacen los bárbaros modernos.

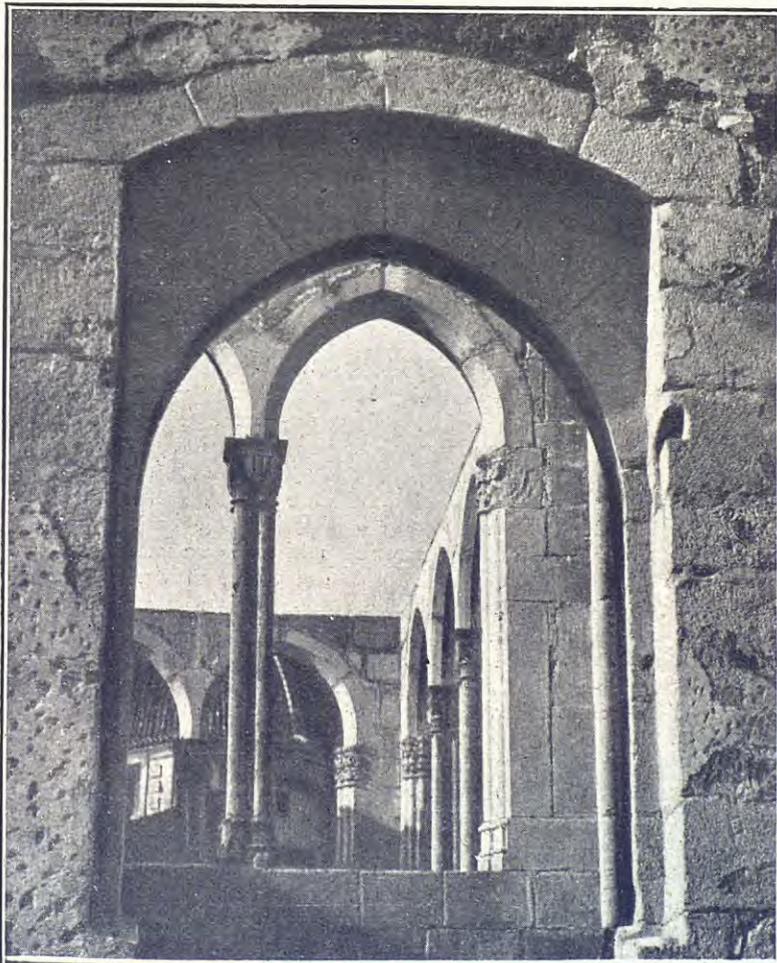
La historia del monasterio nos la detalla Mariñ de Viciena en su *Crónica*. Dice que el serenísimo rey Don Jaime II de Aragón determinó fundar un templo con monasterio á Nuestra Señora de Vallidigna, y para ello concedió á los monjes Cistercienses un extenso territorio en el valle de *Alfandech* ó barranco de Mariñen. En la donación que el Rey hizo á

fray Bonanat, abad de Santas Cruces, entraba todo el citado valle, con los castillos de Mariñen y de Alcalá y todos sus lugares, cambiando el nombre de Alfandech por el de Vallidigna, y posee el monasterio para siempre todos los castillos, lugares y tierras del valle y señorío, con toda la jurisdicción alta y baja, mero y mixto imperi., derecho civil y criminal y toda potestad (según privilegio despachado en Valencia á 15 de Marzo 1297). Y luego se extendió por el abad y monjes la magnífica edificación del monasterio, uno de los más notables de la corona de Aragón, después de haberle dado real posesión el mismo Rey en persona al abad, estando en el valle, entregándole una moneda de oro. Acto continuo mandó el fundador deslindar las posesiones del convento del término de Cullera, y le otorgó cinco millas de término dentro del mar.

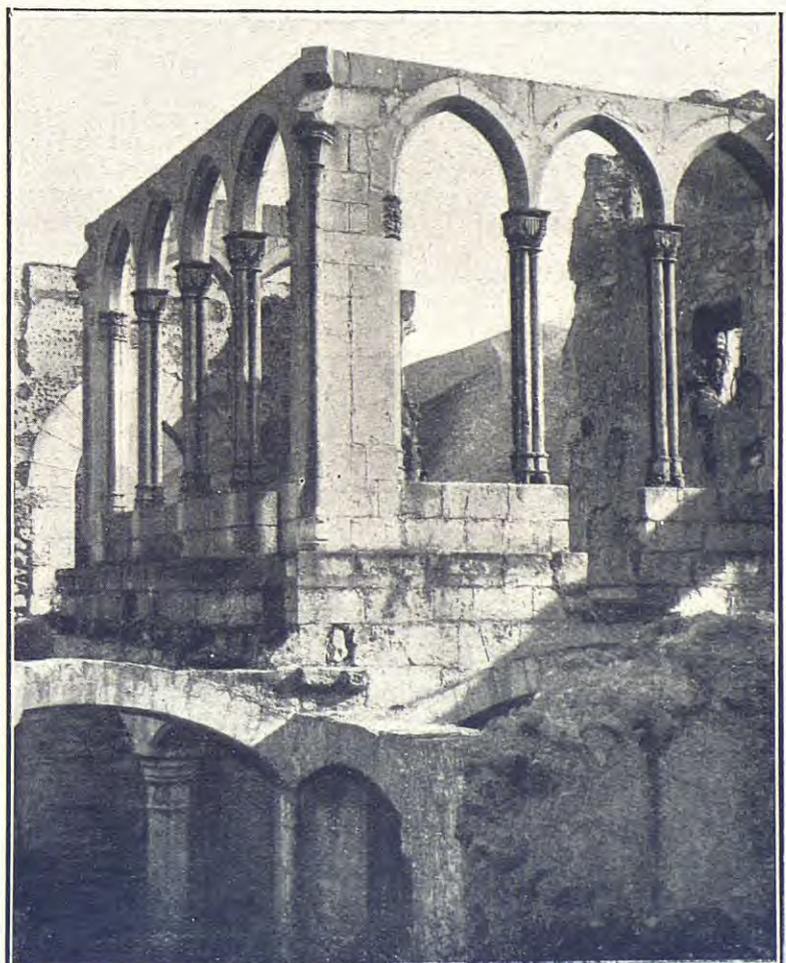
En 26 de Julio recibió la orden de disolución definitiva, después de 538 años de vida, para no reunirse jamás. Y de lo que fué grandioso cenobio, apenas queda ya piedra sobre piedra.

DR. CARLOS SARTHOU CARRERES
(I. C. de la Real Academia de la Historia)

Burriana, Julio de 1917.



Ventanal del palacio del Abad



Claustro gótico del palacio del Abad

FOTS. SARTHOU

VIAJANDO POR ITALIA



EN VERONA

Desde el Hotel del Aquila Nera, á las tumbas de los Scaligeros

¡Llegar á Verona! Para un soñador basta con sentir el hecho. Verona es un testigo de una pasión suprema que, á través de los siglos, sigue arrancando una lágrima á todos los veinte años. ¡Llegar á Verona y alojarse en el Hotel del Aquila Nera!! ¿No equivale á hundirse de golpe en pleno siglo XVI? Los viajeros de entonces no se albergaban en posadas de títulos menos novelescos. ¡Llegar á Verona, alojarse en el Hotel del Aquila Nera y hallarse emplazado en la vía Quatro Spade!!! Pero esto ya no es una calle; esto es ya una resurrección; es el poema que vive.

Mi primera impresión de Verona fué la del hotel. El amplio portalón, la gran escalera con balaustrada de madera, el vestíbulo espacioso, todo hablando de otras épocas. En el comedor, artesonados y medallones. Dondequiera un aire señorial no extinguido, como una pátina de grandezas que pasaron, dejando adivinar más altos y gloriosos destinos; la carroza heráldica atronando el patio antes que el ómnibus cargado de viajeros. No son raras en Italia, singularmente en las poblaciones de segundo orden, estas majestades caídas, estos «albergues» instalados en palacios de aristocracias muertas y en los que parece gemir un suspiro de recuerdo.

Creo yo que todo viajero que no vaya á una ciudad en busca de «las últimas novedades de la moda», hará lo mismo que yo hice en cuanto me hube albergado: abrir la ventana y ver. Y al final de una larga y estrecha calle vi una

altísima y gallarda torre, que parecía llamarme por señas, sonriendo. Y allá fui.

No es posible dar idea del trayecto. Voladizos muy salientes sobre soportes de tallada madera, barandillas de fina forja, ventanas de arco de medio punto, aleros de colores empalidecidos por el tiempo, dondequiera, en todos los balcones, en todos los alféizares, una invasión de macetas, y aquí y allá las fachadas venerables, las fachadas ricas, las fachadas monumentales, los palacios, la florescencia arquitectónica del Renacimiento, viniendo á completar, con su fastuosidad de ornamentación, los detalles bellísimos de las viviendas de alquiler, como el metal de una orquesta responde á los motivos melódicos de la cuerda.

Rumor de muchedumbre dejaba adivinar un gran espacio abierto entre el dédalo de calles. Y surgió la plaza *delle Erbe*, italiana neta, abarrotada de mesas de madera bajo enormes sombrillas blancas, cobijando hacimientos de frutas y legumbres, enteramente meridional, viva, alegre, vibrante, ruidosa, con todo ese hervir de mercado, alrededor de una alta columna coronada por el león de San Marcos, alrededor de una fuente medioeval, con una estatua representando á Verona, alrededor de una tribuna con un tejadillo sostenido por cuatro columnas, donde se proclamaba al Goderta y luego se exponían, sujetos con argollas, los deudores y blasfemos. Y esa efervescencia ante fachadas con pinturas al fresco, ante el palacio plateresco de Maffei, ante el palacio medioeval, almenado, de los Mercanti, ante la torre de los Sambeti, que me hizo señas cuando me asomé á la ventana del hotel, esbeltísima, aérea, vaporosa, con sus ajimeces, su gran reloj, su galería

de la cúspide y su tono rojo obscuro de ladrillo viejo.

Un arco, que parece un arbotante, y otra plaza, en la que el bullicio cede el sitio al silencio y el ambiente popular á la gravedad patricia. Es la de los Zignosi. Está bien bautizada. Todo en ella es solemne: el palacio de la Ragione, medioeval, con su gran portalón, por el que se descubre el patio, con su escalera monumental, adosada al muro, como la florentina de Bargello; el palacio del Tribunale, con su puerta barroca de mármol y su torre mediocre; el palacio de la Provincia, con su puerta renaciente; el palacio del Consiglio, del siglo XV, con sus frescos, sus bajorrelieves, su *loggia* de veroneses célebres y sus dos estatuas de bronce flanqueando la entrada. Ha sido una idea feliz la de hacer presidir al Dante tan soberbio cónclave de palacios. Desterrado de Florencia el poeta, en Verona encontró asilo, gracias á la munificencia de los Scaligeros, del Can grande, que lo alojó en su regia morada. El vate, desde el centro de la plaza, clava sus ojos agradecidos, de piedra, en la compasiva mansión. Todos esos palacios reunidos, sobreviviendo á su tiempo, no podían carecer, siendo italianos, de su tradición sangrienta, en este caso no ya legendario supuesto, sino hecho lúgubre y real. En su vecindad fué cosido á puñaladas el Can Grande II por su hermano Can Signorío.

Pero todavía halla el turista un resumen de grandeza más soberano: las tumbas de los Scaligeros, destacando sobre el fondo sobrio de una iglesia románica; Santa María Antica, en medio de la calle, dentro de una verja repujada, erizados de agujas, de estatuillas, de labores; los dos

templetes góticos de Martino II, coronado por su estatua, y de Consignorio II, por la suya, ecuestre, que rebasan la *cancellata*. Otros mausoleos les acompañan. Es un minúsculo jardín de mármol, que parece erigido al aire libre para que las generaciones sucesivas tengan siempre presente la memoria de los que hicieron gloriosa á Verona.

Las viviendas y el sepulcro de Romeo y Julieta

¿Quién no conoce, cualquiera que sea su nacionalidad, los románticos amores de Romeo y Julieta, inmortalizados por Shakespeare? ¿Quién no ha soñado, en sus veinte años, en el primer florecimiento de sus ilusiones, en el despertar de su corazón, con amar al modo de Romeo y encontrar una amada á la manera de Julieta? ¿Quién no ha citado alguna vez á los dos amantes infelices en sus cartas amorosas á su novia, brotadas del ímpetu desbordado y generoso de su juventud? Y es que aquella gran pasión, incubada entre odios, simboliza el anhelo apremiante de felicidad á que el alma aspira en cuanto tiende su primer vuelo, ciegamente, obstinadamente, de inconsciente modo, como si comprendiera que no hay tiempo que perder, y por la idiosincrasia invariable del sentimiento, el alma se vuelve á esa gran pasión, un ideal, como se vuelve á todos los ideales en cuanto los comprende.

Apenas pisé Verona, pensé en Romeo y Julieta; y aun cuando no hubiera pensado en ellos, habríanme hecho pensar las innumerables postales, desparramadas por todos los escaparates. La casa de Romeo, la casa de Julieta, la tumba de los amantes, los amantes abrazados en el alto balcón... El negocio editorial no ha perdonado detalle de la tierna elegía. La venta debe ser fabulosa. No hay turista que no las compre.

Sobre todo las inglesas, esa inundación de *misses* románticas que invade Italia todas las primaveras y otoños. Yo llegué á conocer la existencia de las *cartoline* amorosas en los escaparates, por el público estacionado ante sus cristales. Damas blondas, postales de Romeo y Julieta.

Los dos amantes, caso de haber realmente existido, que no falta quien lo niegue, porque no crez en estos idilios, alcanzaron la etapa de los Scalligeros, y se los supone muertos bajo la dominación de Bartolomeo. No lejos, casi frente á su tumba, se alza la que fué morada de los Monteschi, y, por ende, de Romeo. Acusan la mansión señorial viejas almenas, una balconada de fina barandilla, tal cual almena, pero en modo alguno el edificio suntuoso que parecía propio de tan ilustre familia. Otro tanto sucede con el albergue de Julieta, de los Capuleti, enclavado en vía Cappello, de roja fachada de ladrillo, de elegantes ventanas en arco, como la puerta, y de gran balcón. Pero tampoco la opulencia. ¿Dónde está aquella fenestra con balaustres y columnas, en que nos han mostrado á los dos jóvenes cambiando un beso supremo de despedida al oír el canto de la alondra? ¿Dónde la galería con vista al jardín, en la que Romeo colgaba su escala para subir hasta el alféizar? No se concibe en ese edificio sencillo un panteón propio de un palacio.

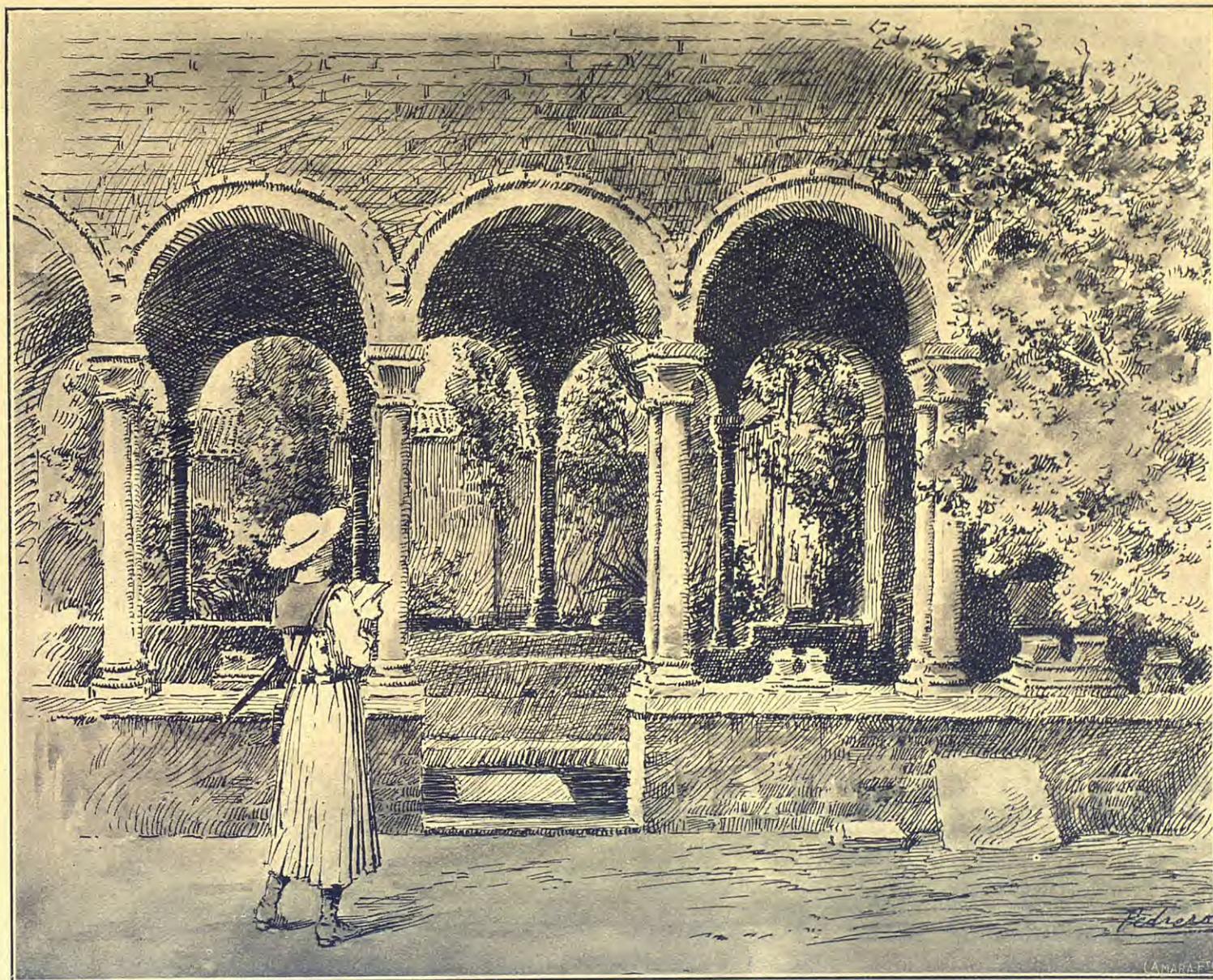
Igual acontece con la tumba de Julieta. ¿Cómo fué trasladada á otra parte desde el panteón de familia? ¿Cuándo lo fué al convento de San Francisco, en que hoy se enseña á los turistas? ¿No fué enterrada con Romeo, según quiere la tradición, por una piedad tardía de no separar en la muerte á los que la vida había negado la suprema dicha de permanecer siempre juntos? Sea lo que fuere, el sepulcro que como tal se muestra actualmente, hállase en una especie de capilla

enclavada en el huerto del monasterio, al amparo de unos cipreses, constituida por una galería ó claustrillo de arcos de medio punto sobre esbeltas columnas, uno de los cuales sirve de ingreso. En el centro ofrécese á la vista un arcón de granito, sin tapa, vacío, que, más bien que caja de sepulcro, parece un abrevadero. Cuesta trabajo imaginarse su anterior destino. El lugar resulta interesante con su silencio, su soledad y sus árboles tristes, y, no sé si por lo apaciblemente misterioso del rincón ó por el prejuicio romántico que allí se lleva, lleno de una dulce poesía.

Pero la nota originalísima é inesperada de la tumba es que el arca aparece colmada de tarjetas que revelan la sucesión de su depósito en su mayor ó menor amarillez. Otras tarjetas se ven clavadas en el muro, como los insectos de un naturalista. Yo he leído algunas; son de personajes de fama mundial, de grandes artistas, de grandes políticos, de celebridades, de próceres. Hay allí una mano, quizá la del guardián, que selecciona la ofrenda. Porque de una ofrenda se trata. Cuantos visitan el sepulcro, en vez de firmar en un álbum, dejan su tarjeta en el arca. La mayoría—¿y como no?, que dicen los americanos del Sur—ostenta nombres ingleses. El hecho antójase, al pronto, grotesco. ¡Rendir homenaje á unas figuras, poetizadas por los siglos, del mismo modo que se acusa una visita cuando no se encuentra al visitado en su domicilio! Pero la intención lo idealiza. Cada tarjeta significa un latido de compasión hacia una desdicha inmortal, una flor de recuerdo dedicada por el sentimiento, inmutable desde que la Humanidad existe, á la ternura de Julieta *per cui tanto piásero i cuori gentili e i poeti cantárono*, como dice la inscripción puesta en su casa.

ALFONSO PEREZ NIEVA

DIBUJOS DE PEDRERO





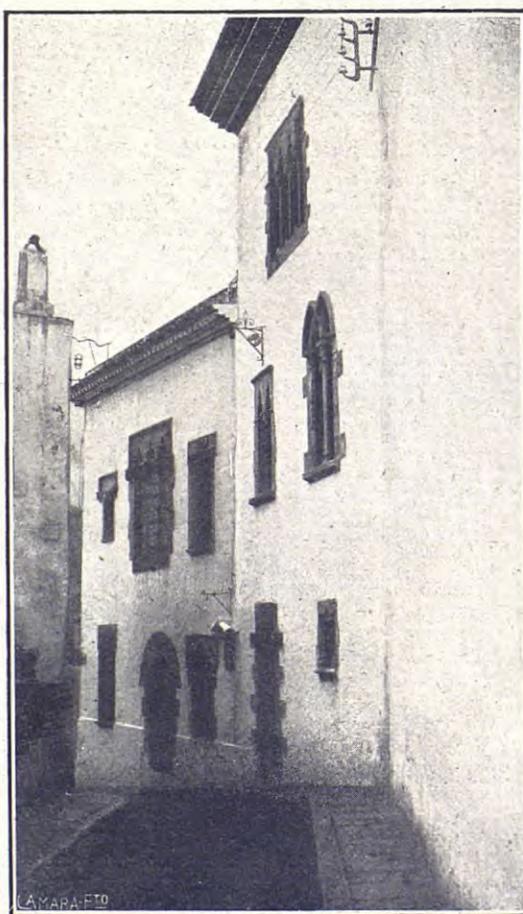
Vista de la sala principal del "Cau Ferrat", donde se conservan, entre numerosos objetos de gran valor arqueológico y artístico, espléndidas colecciones de hierros antiguos y de vitraria catalana

AVANZA como un navío impaciente sobre la azul inmensidad. Se piensa en el d'annunziano verso: «arma la prora y salpa verso il mondo». Como una enorme gaviota, también, rendida de aventureros vuelos, sobre las rocas, y sintiendo en el palpitante pecho desflecarse las espumas de las olas y saltarle perlas que, en su blancura, se rompen.

Es así de majestuoso y de gracioso á un tiempo mismo el edificio pequeño y fulgente bajo el sol y frente al mar. La entrada es por una calle estrecha. Sobre los encalados muros, puerta y ventanas hablan en el tono arcaico de pretéritas asimetrías arquitectónicas. Dentro ya, en la grata penumbra del piso bajo, al arrullo fresco del surtidor, entre los muebles que parecen toscos, y mirando á la azulejería de los muros, á las jarras y platos de Talavera, Alcora y Manises que los alegran y decoran más aún, al añilado tono de lo alto de las paredes y vigas del techo, diríase que nos hallamos en una íspica masía catalana ó en un catalán refugio de pescadores que hubieran podido desarrollar esta heredada inquietud estética que el Mediterráneo les imbuje á todos. Luego, en el piso superior, la masía, el refugio, se cambian verdaderamente en museo. A través de las vidrieras del fondo se oye la canturía soñolienta y dulce del mar, tan próximo, tan envolvente, de las rocas sobre las que se cimenta el edificio.

Hace veintitantos años todo esto era solamente una casita de pescadores colocada con la misma galladía de navío pronto á zarpar y el mismo reposo de ave blanca que late entre la fatiga de un vuelo y el deseo de otro. Pueblo humilde de pescadores era también Sitges, que hoy está lleno de hoteles y veraneantes.

Santiago Rusiñol compró la casita de pescadores, y rápidamente, en una efusiva y contagiosa locura de arte, empezó á trastocar el pueblo en una ascendente pasión de belleza. Tenía Rusiñol entonces sus barbas y melenas negras. Lograba sus primeros triunfos en París. Signi-



Entrada al Museo del "Cau Ferrat", en Sitges, propiedad de Santiago Rusiñol

ficaba en la pintura española un renovador y capitaneaba un grupo de artistas catalanes. Ese grupo de artistas transformó á Sitges en lo que hoy es actualmente. Sitges presenció la primera representación que se hizo en España del teatro de Maeterlinck; en Sitges existe la única estatua levantada al inmortal pintor candiota, autor de *El entierro del conde de Orgaz*; en su playa, tan latínamente azul, una trágica italiana recitó, una noche de verano, versos del autor de *La nave*; en Sitges se han dado conciertos populares de las obras dulces y vagas de Grieg; de Sitges surgió el renacimiento modernista; los dos cuadros del Greco que existen en el Museo del *Cau Ferrat*, fueron conducidos en cívica procesión, presidida por el alcalde y las personalidades salientes del pueblo, desde la estación á la casa de Rusiñol.

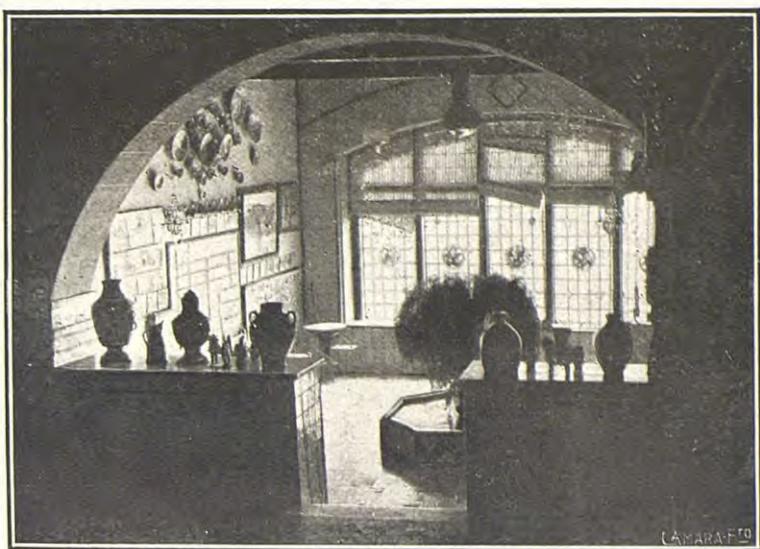
De todo esto quedan las huellas en el *Cau*. En las paredes encontramos dibujos y pinturas de Casas, de Rusiñol, de Mir, de Torres García, de Utrillo, de Uranga, de Clarassó. Vemos los cuadros «de figura» anteriores á los jardines rusiñolescos: *La morfina*, *Un seminarista*; vemos *El reparto del vino*, uno de los lienzos primeros y más característicos de Ignacio Zuloaga; el *San Pedro* y la *Santa Magdalena*, del Greco, que, cuando fueron adquiridos en París, motivaron un capítulo elocuente y nervioso de *Impresiones de Arte*, la única obra de Rusiñol escrita en castellano.

Si visitáis ahora con Santiago Rusiñol el *Cau Ferrat*, veréis nublado momentáneamente su habitual y zumbón regocijo. Una fugaz melancolía le cambia en displicentes las palabras que temerían ser demasiado emocionadas. Lo que en nosotros significa puro deleite estético, halla en él resonancias oquedosas de recuerdo, cuando aún no tenía blancas las barbas, ni llagado el corazón por la vida, ni tan sombreada de laureles la frente...

Son los hierros antiguos la mayor riqueza, el fundamento artístico del Museo. Merced á



Sección de cerámica y entrada al comedor del "Cau Ferrat"



Patio cubierto en la planta baja de la Casa-Museo, y cuyas vidrieras dan al mar

ellos, un erudito crítico francés, Paul Lafond, nombra al *Cau Ferrat* el Cluny de Cataluña. Pacientemente, incansablemente, con un entusiasmo y una competencia á las que ayudaba la audacia y la buena suerte, ha logrado reunir Santiago Rusiñol en su Museo de Sitges la mejor colección de hierros que existe en España.

En el número anterior hablábamos del arte viril de la forja catalana. Aludíamos á la tradición y elogiábamos su permanencia á través del tiempo y de los hombres.

He aquí los más bellos ejemplos: Los años, primero; el aire salino del Mediterráneo, tan próximo, después, los han tornado rojos y ásperos. Surgen de la madera carcomida de los viejos arcones ó de los fondos mortecinos de las panoplias, como estrofas bárbaras, los unos; como pulidos y románticos conceptos, los otros.

Vemos primero los candeleros de los siglos XIV, XV, XVI y XVII, de tan fraterna esbeltez y tan diversos motivos decorativos, con sus tallos, sus ramas, sus floridos remates y girándulas y pináculos; las cruces, entre las que se destaca una bellísima del siglo XV, con todos sus atributos, emblemas y algunas figuras de la Pasión, trabajadas de un modo ingenuo y toscos; los arcones, cofres y arquetas, en cuya serie hay alguna pieza del siglo XIII, tan bien conservada como de positivo mérito; las lámparas, morillos y llaves de diferentes tijas, y paletones fantásticamente marillados; cerraduras de las llamadas «arquetas nupciales», de primorosa labor, de emblemáticas figuras y complicada decoración, dotadas de un profundo poder evocador.

Pero donde la colección de hierros se magnifica y adquiere más subido precio, es en la serie de aldabones de los siglos XIV al XVI.

«Todos estos ejemplares—dice Paul Lafond en el artículo que consagró en *La Revue de l'Art Decoratif* á la colección de Rusiñol—están recortados como encajes llenos de follaje, y salvo raras excepciones, en forma radial. He aquí algunos del siglo XIV, bastante sencillos y de muy puro estilo; he ahí otros de la primera mitad del

siglo XV, de motivos arquitectónicos, de aldaba más gruesa en la extremidad; ved unos de la segunda mitad del propio siglo, ya más complicados, de carácter flamígero, de aldaba más adornada, y contemplad, por fin, los del siglo XVI, de incomparable floración. De gran variedad, con decoración hija de una fantasía y un capricho exquisitos, resultan de un fino y delicado gusto á un tiempo. Ciertos pormenores, extraños y paradójales, obligan á pensar en las guardas de bronce de sables japoneses.»

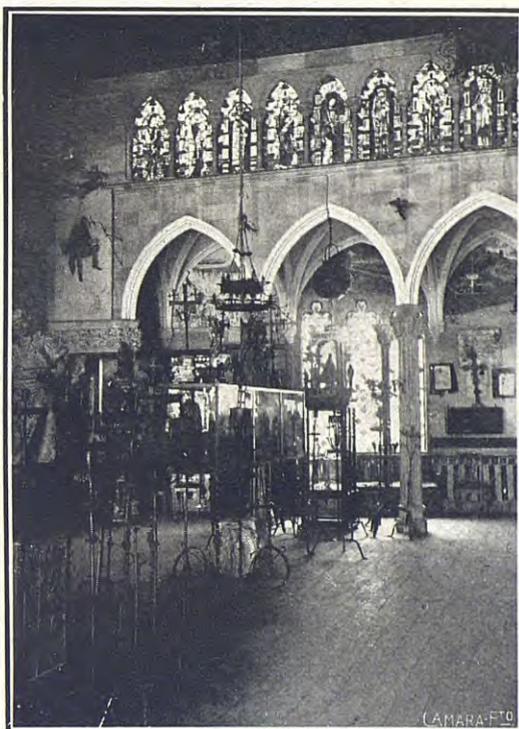
De esta espléndida serie se destacan el de la casa del Arcediano, de Barcelona; el de San Jorge aplastando el dragón, procedente de Vich; el de la iglesia de San Juan, de Barcelona; el del Monasterio de San Cucufate del Vallés; el catalán-aragonés del siglo XV. Después de la fuerza, la gentileza; luego de la impresión viril y brava que sugieren los hierros, la otra de fragilidad, de ritmo cantarín, que expresan los vidrios. Lo mismo en las salas del piso bajo que en el salón de la parte superior, se conservan en vitrinas, desde los objetos desenterrados en Ibiza y en Ampurias con sus bellísimas irisaciones, hasta los vasos, porrones, copas y jarritas del siglo XVIII, con su complicada ornamentación y su simpática silueta.

Por último, ofréncense, entre las colecciones de hierros y de vitraria, las tallas policromadas y las esculturas en alabastro, mármol y piedra que, con la cerámica antes mencionada, completan y hacen del *Cau Ferrat* uno de los Museos más interesantes de Cataluña...

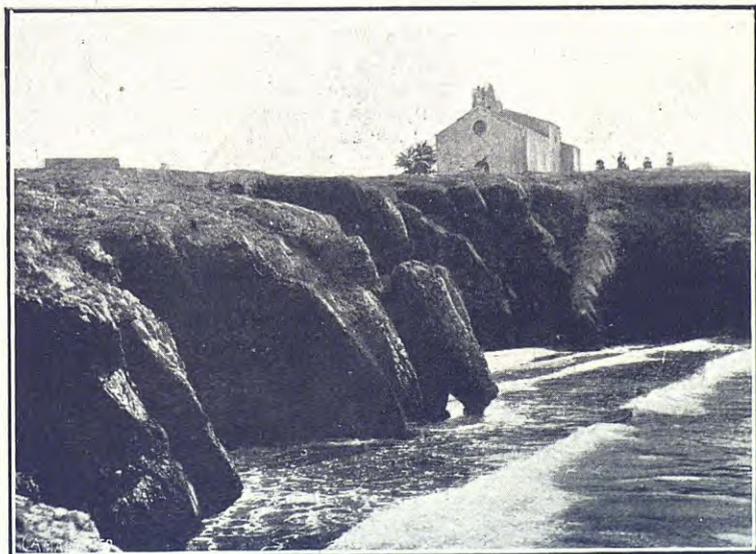
ooo

Deleitosa refugio es el *Cau* que aguarda en «Sitges la blanca» á «los peregrinos de la Santa Poesía» en una oferta de esperanza y de amor.

Entramos á él una mañana radiante de Abril. Salimos cuando ya las sombras vesperales trepaban por los niveos muros y del mar llegaba un hábito fresco al tiempo que retornaban las esbeltas y latinas siluetas de las embarcaciones.—JOSÉ FRANCES



Detalle de la Sección de hierros y vidrios artísticos



Vista de las rocas sobre las cuales está situado el "Cau Ferrat"
FOTS. VIVES



Santiago Rusiñol, leyendo cuartillas suyas á unos amigos, después de una comida en el "Cau Ferrat"

PARÍS SENTIMENTAL
 LAS "MIDINETTES"



REINAS de la aguja, princesitas de los dedos acribillados, siluetas graciosas sin relieve social ni lastre literario de exquisitos, las «midinettes» parisienses ejecutan en la polifonía de la gran Lutecia un lírico «solo» de violín...

La señorita Mimí Pinson, lo mismo que cuando Alfredo de Musset noveló sus imprevisiones y ternuras, «no es precisamente lo que se llama una hermosa mujer». Pero allá, como aquí, es una mujer bonitilla, avispada y de impulsos incorregiblemente sanos, que abre en toda gran ciudad un surco de gracia y deja en toda primera juventud una anecdotilla fragante.

Mimí Pinson peut rester fille;
 si Dieu le veut, c'est dans son droit,
 elle aura toujours son aiguille,
 Landerillette!
 au bout du doigt...

En el París *d'avant guerre*, cuando los crepones y tules funerarios no ensombrecían las alamedas del Luxemburgo ó de las Tullerías, las

modistas parisienses revoloteaban locamente en torno á los grandes boulevares como los gorriones envolvían entre las travesuras de sus velos las torres grises y fervorosas de *Nôtre Dame*. A menudo veíaselas almorzando bajo los árboles, más allá del *Carroussel* y no lejos de la insolencia fastuosa de los Campos Elíseos ó del tráfigo de la calle Rívoli. Eran grupos de algarería y de sumisión al Destino, ocultos por su humildad entre la urbe inmensa, cual violetillas en las profundidades del bosque. Pero, tan insignificantes, daban á la capital su inevitable y romántica fragancia.

Las enfurecía—siempre buenas hijas de Montmartre ó de Batignolles—el prusiano, aunque no presentían, tras la nube oscura del año 14, al *boche*. Iban al obrador leyendo el folletín, ó regresaban del almacén acompañadas por el buen chico, melenudo ó no, que las convidaba los domingos á Bellevue, á Neuilly, á Suresnes... Sin decidirse, claro es, á que terminasen el idilio ó le dieran dichosa prolongación en la alcaldía del distrito. Después, si pasaban los años y la

apetecida emancipación de la aguja no llegaba, reuníanse para celebrar *la Sainte Catherine*, la fiesta tradicional de las modistas solteronas, donde lucían unos gorritos de encaje ó de papel de color, en el parisianismo, fuertemente depurado entonces, de la *rue de la Paix*...

Ahora, ante las trágicas turbonadas de la trinchera, las *midinettes* no ríen con la liberalidad de antaño. Sonríen, no sólo porque sufren, sino porque confían también, y *quand même*. Antes, acaso, que su problema conyugal, les sobresalta el patriótico. Gustaron del amor, y el amor, por muy fugazmente que las estremezca, es asunto siempre arreglado. Aparte de que, inoctas é intuitivas, se avienen heroicamente en todo caso al episodio sentimental. Abandonarse al dulce beleño, á la sabrosa embustería, ó ser abandonado de ella, tanto monta. «Para olvidar hemos nacido—hace decir Martínez Sierra á una parisiense—, y por eso nuestro amor es placer y ruido»...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE ECHEA

MÚSICOS ESPAÑOLES

JAIME PAHISSA

JAIME Pahissa. He aquí un compositor joven, equilibrado, con un criterio estético, serio, resultado de la solidez de sus estudios técnicos, al que no deslumbran las *boutades* modernistas, que no derivan hacia la libertad, como creen algunos, sino hacia el libertinaje más caprichoso, basado en la ignorancia fundamental de los cánones del arte, históricos, técnicos y estéticos.

Hacer lo que se quiere, no suele ser otra cosa, por lo general, que hacer lo que no se sabe, por falta, siempre, de estudios, pues el llegar á adquirir dominio sobre un arte tan difícil como la música, no se improvisa.

Entre los compositores catalanes de la generación actual, figura Pahissa en lugar preeminente. En Madrid es casi inédito, pues no se conoce de él más que una interesante sonata para violín y piano, interpretada en la Sociedad Nacional por el precioso violinista-compositor Juan Frígola.

En la próxima temporada de conciertos es seguro que la Orquesta Filarmónica dará á conocer alguna obra sinfónica de Pahissa, entre las que sobresalen, por su factura y por su inspiración, los poemas siguientes: «De las profundidades á las alturas», «El Combat», «El Canigó», «De sotaterra als aires», «En las costas mediterráneas», «Mia Aria» y una obertura, estrenadas en Barcelona é interpretadas, algunas, en Alemania.

Otras obras sinfónicas ha compuesto Pahissa de la importancia del «Estudio sinfónico» y de la «Balada» para canto y orquesta, más un «Trío» y un «Andante» para orquesta de cuerda, y un número considerable de obras para canto y piano, para piano, corales, etc.

Para el teatro ha compuesto este joven artista, cuya producción es ya extensa é intensa, dramas líricos tan hermosos como «La Morisma» y «Gala Placidia», la leyenda musical en tres actos «La prisión de Lérida», y el poema lírico «Canigó», estrenado en Barcelona, donde reside y de donde es natural el insigne compositor.

Recientemente ha fundado una orquesta, con la que se propone dar conciertos sinfónicos en Barcelona.

Una breve estancia en Madrid, hace un mes próximamente, me proporcionó la satisfacción de conocer á Jaime Pahissa, que, además de ser un compositor de talento, es una persona cultísima y bien orientada, como he dicho, cosa rara en esta época de músicos? arlequinescos, casi siempre insignificantes.

En el Círculo de Bellas Artes, me decía una noche el simpático maestro algo muy substancial que voy á procurar traducir lo más fielmente posible.

«Para satisfacer plenamente—decía Pahissa—nuestro sentido musical, necesitamos necesariamente de las obras maestras de la polifonía; es decir, que la polifonía es la vida de las grandes obras instrumentales.

«En dos ramas se ha desarrollado la música desde que la polifonía introdujo en ella una fuente inagotable, cada vez más rica en nuevas formas, y de una perspectiva infinita de nuevos horizontes.

«Una de estas ramas es la polifonía propiamente dicha. En las obras de este género, las voces que forman el conjunto polifónico son in-



JAIME PAHISSA
Notable compositor español

dependientes entre sí y tienen igual importancia en la totalidad de la obra; no hay una principal ni otras secundarias.

«En la segunda rama hay una voz principal, de la cual son las demás oscuras é impersonales simientes. Es la que suele llamarse escuela italiana.

«Wagner, en la mayor parte de su obra, hace uso de un estilo dramático, resultado de la combinación de las dos ramas que hemos establecido. Es como un puente entre el estilo italiano y el polifónico, tan característico de los músicos alemanes, admiradores fervientes del genio latino, que han procurado imitar siempre.

«El estilo de Wagner es polifónico, porque las voces son independientes y tienen personalidad propia; pero siempre hay una dominando poderosamente á las demás, de la cual forman éstas el pedestal sonoro.

«Para mí estas escuelas constituyen el mundo ortodoxo de la música. Todo él descansa en las leyes eternas que se derivan del cetro de la po-

lifonía, como son las reglas armónicas, además de las leyes que son comunes á todas las artes.

«Los estilos que se separan de este mundo ortodoxo polifónico, por derivarse de gamas especiales, primitivas ó artificialmente inventadas, de cadencias particulares, de armonías caprichosamente enlazadas, de ritmos pintorescos ó de sugerencias extrañas, puramente literarias, y no estando, por lo tanto, fundados en los esenciales principios de la polifonía, no pueden desarrollarse dentro de esta forma musical, la más perfecta, como es preciso para toda obra musical seria, con la amplitud y la libertad necesarias, ni aprovecharse de sus incalculables recursos, ni llevarlos adelante por el camino del progreso y de la evolución musical, que se desenvuelve sólo con el carácter de verdadera obra de arte dentro de las formas polifónicas.»

Estas son las razones por las cuales cree Pahissa, y no va descaminado del todo, que, fuera de las escuelas polifónicas, no hay salud, añadiendo que no es partidario del nacionalismo musical, en teorías ó fórmulas de escritura, sino á cuanto se refiera á temperamento del creador, que trascenderá siempre á través de sus obras, aunque el estilo sea el mismo en autores de distinta raza.

Pero sí cree en el progreso indefinido de la polifonía, siguiendo el camino de la escuela clásica, de la que es un devotísimo partidario. Por esto admito—dice—las obras modernas de Schoenberg, á las que puede considerarse como consecuencia directa de las de Bach, Beethoven y Strauss; y, en cambio, seré siempre ajeno á cuanto se aparte de mi recto mundo clásico. Y me inquieta—añade—, no me satisface, y casi me molesta, la fantasía superficial de lo oriental, de la escuela rusa, por ejemplo, ya se trate de obras inocentes como las de Rimsky-Korsakoff, ó de las rarísimas ó extravagantes de Strawinsky, de un valor puramente circunstancial.

En las anteriores líneas está sintetizado el credo estético de Jaime Pahissa, y en ese troquel de eterna belleza y amplia libertad funde sus obras, á las que comunica, con la perfección de la forma, vigorosa y fecunda savia, iluminada por la fantasía creadora. Porque únicamente la audacia

más inconsciente es capaz de comparar estilos con estilos y obras con obras, pretendiendo que esa especie de bocetos de marquetería musical, esos mosaicos que se escriben ahora, contruidos con detalles rítmicos y giros melódicos de acá y de allá, sin ningún desarrollo sinfónico ni valor emotivo, sin pizca de originalidad, tengan la trascendencia que algunos se imaginan, sin tener en cuenta que lo que es sólo agradable es pasajero. Claro que el no saber música disculpa las tonterías que se escriben sobre este arte.

En la biblioteca del Ateneo barcelonés encontraréis, casi todos los días, á Jaime Pahissa aprovechando los ratos de ocio que le dejan sus lecciones y sus trabajos de composición, pues ya he dicho que es un músico muy ilustrado, al que es preciso conocer en Madrid.

Yo espero que en la próxima temporada de conciertos el público madrileño colmará de aplausos á Pahissa, premiando así su arte noble y elevado.

ROGELIO VILLAR

CUENCA



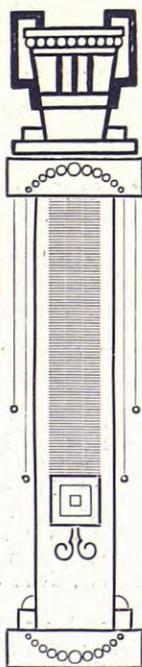
Sobre un lecho de viscos recostada,
dominando la plácida llanura,
vencida alguna vez, jamás domada,
hablándonos está de su bravura
sólo por escoger cama tan dura.

La brisa que sus ámbitos orea,
venero musical, soplo del cielo,
en purísimas cumbres aletea,
y, por no besar faz que impura sea,
desdeña de besar extraño suelo.

Bosques cercanos de talludos pinos,
abruptas sierras rebosando aromas,
por perfumar sus prodigios hocinos
al cielo elevan sus planicies romas,
como inmensas pletóricas vedomas.

Siervos de su grandeza y de sus fuegos,
hundidos en selváticas gargantas,
le sirven de leales escuderos
dos ríos que, á sus plantas prisioneros,
besando viven sus altivas plantas.

FOT. SOL



El humo que se eleva en sus apriscos
es incienso debido á tal matrona,
de peñas viste faldas y valona
y las crestas agudas de sus viscos
ciñen su frente de feudal corona.

Bajo el amplio dosel del firmamento
trono le fabricó Naturaleza,
de tan hermosa y señorial firmeza,
porque, no más tomando en él asiento,
labrara su prosapia y su grandeza;

pero supo, al dictar desde él su historia,
en sus viscos grabar su ejecutoria,
y supo, de sus títulos avara,
para el altar que levantó á su gloria
su hermoso trono convertir en ara.

Hermosísima dama, reina esquiva,
mal pagada de olvido y abandono!
si destronada, mísera y cautiva
alguno te juzgase, dile, altiva,
que donde hay una reina se alza un trono.

Luis MARTÍNEZ KLEISER

LA ESFERA

ARTE MODERNO



FIESTA GALANTE, dibujo original de Roldán Sáez

EL ARQUITRABE

LA renovación de hombres y, por consiguiente, de ideas, es evolución natural é inevitable que lleva consigo la marcha del mundo y el curso de la vida.

Con haber vivido unos cuantos años y circuncribiéndonos al Arte dramático, y de éste á la Crítica, puede observarse bien claramente el cambio radical que experimenta el criterio humano al ilusionarse con el descubrimiento de horizontes que le parecen dilatados y que no abarcan, en realidad, más allá de la distancia que finge un telón de fondo en el escenario de un teatro, engañándonos con la apariencia de la lejanía.

En menos de medio siglo ha sucedido al criterio imperante en la época de los Cañete, Tamayo y Baus y Alarcón, entre otros, el de los tiempos de Menéndez Pelayo, Clarín, Valera y, como derivación suya, el de Catarineu, Arimón, Laserna, Villegas y Manuel Bueno, hoy alejado voluntariamente de la ingrata labor de criticar comedias y comediantes.

Recientemente, enriquecen con sus trabajos críticos las columnas de los principales diarios de Madrid, firmas de escritores meritísimos por su cultura y su valer literario, y pasando la vista por sus brillantes escritos, se aprecia fácilmente el cambio de orientación para juzgar y los constantes vaivenes, por tanto, que la opinión experimenta, lo mismo, ni más ni menos, que los que sufre la moda en la frívola ocupación de adornar la figura humana, que hace tornar el gusto, imponiendo como último figurín el que fué norma de la elegancia hace cuarenta años, ridiculizado veinte años después y vuelto á poner en boga en la actualidad.

Todo el que por afición, por vocación ó por azar, se dedicó ó se dedica á hacer crítica teatral, cuando comienza á ejercitarla cree descubrir un mundo nuevo emitiendo su juicio respecto de obras ya juzgadas con vario criterio, para todos los gustos.

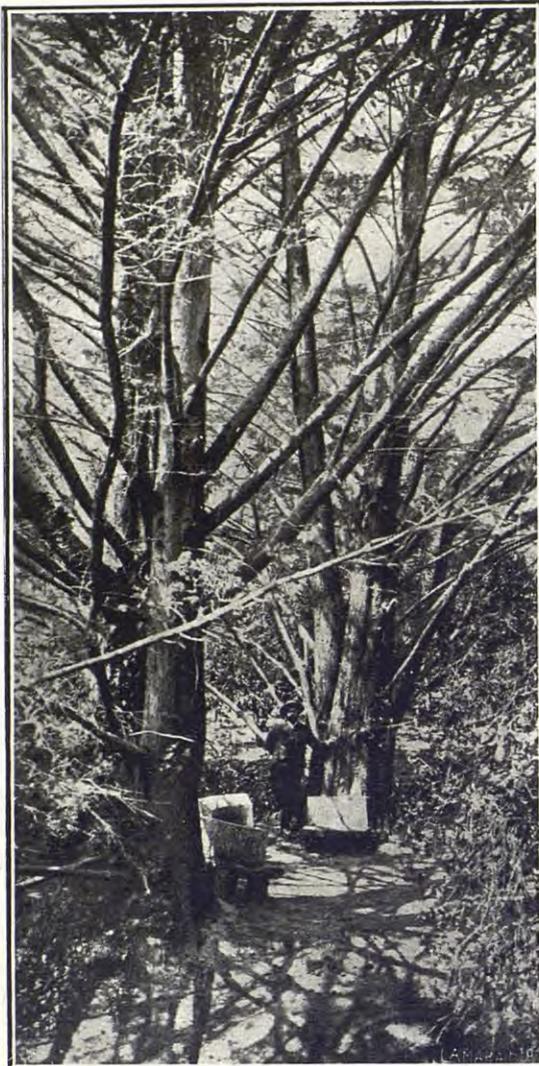
Así, ateniéndonos á ejemplos prácticos, para no fatigar al lector ni extender generalizando prolijamente el tema de análisis, vemos que hubo tiempos en los que el teatro de Ayala y de Tamayo se reconoció como un portento, sin perjuicio de haber sido maltratado después por los defensores del de Echegaray, quien, á su vez, sufrió los denuestos de los ensalzadores de Pérez Galdós, Benavente y los Quintero.

Mas como no hay bien que cien años dure, porque en la vida todo es transitorio, llegamos hoy á otro momento demoledor que sus vivientes quieren creer regenerador, soñando con que traen consigo nuevas é infalibles corrientes investigadoras para el completo y absoluto descubrimiento de la verdad.

¡La verdad! Quien presume de tener el talismán para descubrirla, ve surgir inopinadamente otro que se cree á sí mismo único poseedor de ella y que asegura que es todo lo contrario de lo que afirmaba su predecesor, y así se va formando una cadena interminable de apreciaciones, siempre equivocadas, porque la limitación de la inteligencia humana no alcanza á razonar la verdad de la verdad.

Los flamantes apóstoles del momento innovador presente, como los de todos los tiempos, necesitan conquistar la atención de las gentes para que les escuchen sus predicaciones, y para esto se valen del procedimiento, tan viejo como fácil, de demoler cuanto para los demás ha llegado á ser objeto de admiración, y de ahí el que oigamos decir ya que Benavente ha sido el verdugo del Arte dramático, que la labor de los Quintero no es sino una fruslería aceptable como pasatiempo, sin que se atrevan á manifestarse aún contra Pérez Galdós, porque todavía no ha habido quien haya tomado la suficiente carrera para saltar la tapia gigantesca y colarse, con la podadera en la mano, en el inmenso bosque de laurel que le rodea.

Y el llamar la atención es para decir, como cosa novísima: que el teatro tachado hace veinte



LA HORA MERIDIANA

Calma del mediodía solitaria.

—¡Oh, soledad augusta y pura! Nadie pasa por los caminos. Están mudos en sus sombras los liricos nidales que, al trasponer el Sol el horizonte, alegrarán la soledad del valle, el cielo azul y las encinas secas.

Dios es la ardiente luz que el sol nos trae; el viejo Sol que las campiñas baña; la luz solar que de la aurora nace. Un silencio en los campos, y unos ecos, que son su voz, la que no se sabe: Las cigarras, ocultas, invisibles... Y es oro esta cadencia de la tarde llena de luz, sobre la tierra amiga, y los secos y oscuros encinares.

¡Oh, reposo! La tierra se adormece bajo el Sol. Es Natura, que se place de un dulce y bello sueño.—Antiguamente, Pan, el buen dios de los silvestres lares, á estas horas dormía en las campiñas bajo la sombra de los quietos árboles, y á Natura también el sueño toca como al dios pastoril. Callan las aves, temerosas de serles alevosas; duerme el ganado, que la avena pace, y todo es dulce, porque el Todo ensueña ya con Sirinx, con Eco... ó Pitelae.

Y solo en medio de la augusta siesta, —monótonas, idénticas, iguales— los élitros de luz, gratos al sueño, entre la hierba las cigarras tañen.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

años de falso, por efectista, en el que el actor se ve obligado á gritar, dar saltos, morder y morir, porque en la acción haya violencias, desafueros, sangre y muerte, es decir, la brutalidad humana en todas sus manifestaciones, es el verdadero arte dramático, el único que conmueve y deleita, porque en él hay pasión y, por consiguiente, interés y emoción; que la pantomima, que fué el albor, la iniciación del arte escénico, representa hoy, al cabo de los siglos, un progreso, después de logrado un tesoro como el que encierra nuestro teatro español, antiguo y moderno, y que el procedimiento, desechado por defectuoso (hijo de la inexperiencia y de la falta de meditación en el plan), de la prodigalidad y sucesión de cuadros, es, por el contrario, una rehabilitación feliz, porque la vida exige el constante cambio de lugar, y el teatro debe ser la realidad misma de la vida.

En tanto se aclara esta última duda, que sobrevino desde que se escribió la primera obra escénica, hay escritor nuevo que cree hallar un mundo desconocido, explicándonos ahora, con infantil regocijo, el verdadero aspecto psicológico de *La dama de las camelias*, llegando á afirmarse por alguno, en el colmo de la erudición, que Otelo no fué negro y no mató á Desdémona por celos.

Toda una generación crítica tiene esta manifestación, un poco detonante y un mucho arbitraria. Son los gérmenes esporádicos, cuya formación se inicia así, excéntricamente, divorciados del núcleo, sin que por esto se imposibiliten para más adelante, cuando es llegado el pleno desarrollo, reunirse de nuevo, entrar, acomodarse al tipo general, al régimen, á la norma inmutable.

La función de crítica, como derecho individual y particular, debe ser respetado; pero el ejercicio de la crítica, representado por quienes, como algunos, no ponen más derecho y título que una supuesta intuición y una confirmada ignorancia, no debiera tolerarse.

Cada vez que llega uno de estos instantes de «renovación de ideas», es para echarse á temblar, y puede aplicarse como oportuna la famosa anécdota del «arquitrabe», atribuida al célebre arquitecto Juan de Herrera.

Cuentan que, próxima á terminar la construcción del Monasterio de El Escorial, hubo algún enojado ó envidioso que, deseando poner á mal al famoso artista con Felipe II, hizo ver á cierto palaciego, tan adulador y jactancioso como ignorante, la mala calidad y colocación de los capiteles de mármol que formaban uno de los arquitrabes en el sitio por donde el Rey había de pasar diariamente para salir á orar á la iglesia.

El palaciego se lo dijo á Felipe II, quien inmediatamente llamó al lugar designado á Juan de Herrera, el cual, al oír la observación de labios del Rey, exclamó:

—Señor: cábeme la satisfacción de poder afirmar á V. M. que el arquitrabe ofrece una seguridad absoluta.

El Rey, que se hallaba acompañado del palaciego susodicho, ordenó á éste que indicara cuál era el arquitrabe á que se refería, y azorado y confuso el cortesano, dijo, señalando al albur una de las losas del pavimento:

—Este.

Comprendiendo Juan de Herrera que aquel servidor ignoraba lo que había denunciado, preguntó con maliciosa sonrisa al denunciador:

—¿Qué es arquitrabe?

Guardó silencio el interpelado, y al ver esto el Rey, ordenó á Juan de Herrera que explicase lo que era arquitrabe, y entonces éste, con visible enojo y sin apartar la mirada del impertinente palaciego, dijo:

—Arquitrabe... es... hablar de lo que no se sabe.

¡Con cuántas cosas ocurre lo que con el arquitrabe de esta anécdota, y cuántas personas se hallan en el caso del palaciego de referencia!

XAVIER CABELLO LAPIEDRA

COSAS VIEJAS LAS JORNADAS REALES



El Palacio de Aranjuez



El Palacio de El Pardo

HASTA época muy moderna, nuestros soberanos solían compartir los rigores del estío con los sufridos madrileños que por causas harto tiranas no pueden moverse de la villa.

Fué Isabel II quien puso de moda el veraneo en las playas del Norte.

Hasta entonces, las abrasadoras caricias de Febo extendíanse por igual desde la Casa de Campo á los barrios extremos de la población, tomando bajo su amparo á cuantos vecinos hallaba dentro de su anchuroso dominio.

Aguardábase á que el sol cediera un poco de su tiranía, y siendo así, era verdaderamente agradable el salirse al campo, todo verde y frondoso, en tomando Carrera de San Jerónimo abajo, y era tan saludable la temperatura, que para nada echáranse de menos los hálitos de los pinares serranos.

Felipe II, en los postreros años de su reinado, apenas si llevó á cabo más viajes que los que hacía, por devoción, á la naciente y religiosa fábrica de El Escorial, y para nada tenía en cuenta si era invierno ó verano. Algún espacio pasó en Aranjuez; pero no era lugar muy de su predilección aquel maravilloso Real Sitio.

En esta última época de su vida es cuando llegó á tener visos de verdad aquella mortificante relación que de los viajes del Prudente monarca hizo su desdichado hijo el príncipe Don Carlos.

con simiente de independencia, que no habría de tardar en florecer), no hizo otros que los de cada día á los cotos de caza de El Pardo y Riofrio, y aquel otro en busca nada menos que de diez y ocho millones.

Felipe IV fundó el Buen Retiro, que ya, desde entonces, se llamó Palacio de Verano, donde el Conde-Duque dióle aquellas famosas fiestas, que eran como un letargo para el florecimiento y prosperidad de España, y entre este Real Sitio y el de Aranjuez pasó el galante monarca los divertidos días de su vida.

Pasemos por alto al infelice Carlos II, que

aquella maestra de la intriga y la cortesania que llamóse Princesa de los Ursinos.

Fernando VI, espíritu apático y misántropo, no fué nada amigo de andar de un lado para otro, y su viaje más largo puede considerarse el que emprendió al castillo de Villaviciosa de Odón, luego del mal fin de Doña Bárbara de Braganza, para hallar en él la muerte de manera oscura y no nada limpia.

Carlos III, que, para redención y prosperidad de España, nos vino de Nápoles, era poco aficionado á estar mucho tiempo en un mismo lugar, y fuera de los viajes oficiales que hizo para conocer por sí mismo los menesteres de su nación, todo el año tenía repartido con puntualísima exactitud en los Sitios Reales, hasta el punto de que nunca se dió el caso de no hallarse por las fechas que tenía marcadas en el patrimonio acostumbrado.

En Aranjuez solía estar muy luego de la Pascua de Resurrección, hasta fines de Junio; entonces venía á Madrid y estábanse hasta el 18 de Julio; aquel mismo día partíase para El Escorial, y al siguiente encaminábase á La Granja, en donde quedábase hasta el 7 de Octubre.

En tal fecha retornaba á El Escorial, y allí quedábase hasta mediado Diciembre, en que tomaba la vuelta á la cortesana villa, y ya no se movía de ella hasta la época precisa de emprender la jornada á Aranjuez.

De ningún otro rey como de éste apetecían los pobres verle de viaje; porque con tanta largueza solía socorrerles, que fué menester que se lo prohibiese el conde de Aranda, como medida de buen gobierno...

Carlos IV y Fernando VII se daban por contentos con recibir los aires de Guadarrama y las brisas amables del Tajo.

El último, con acudir á la caída de la tarde al camino de Vicálvaro á beber de manos de Chamorro las frescas linfas de la fuente del Berro, no había menester más para tener á Madrid por el sitio más agradable de la tierra.

DIEGO SAN JOSE



El Escorial

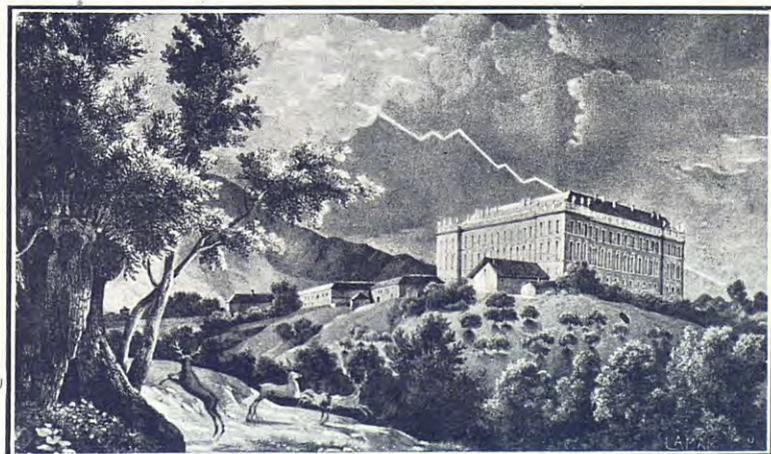
“Los grandes y admirables viajes del rey Don Felipe II

- De Madrid á El Escorial.
- De El Escorial á Toledo.
- De Toledo á Madrid.
- De Madrid á El Escorial.
- De El Escorial á Aranjuez.
- De Aranjuez á Madrid.
- De Madrid á El Pardo.
- De El Pardo á El Escorial.»

Felipe III, aparte del viaje que hizo á visitar los estados de Portugal (y más valiese que no le hubiera hecho, porque dejóles descontentos y

apenas fué alguien, y fuera del viaje á Burgos para recibir á su primera mujer Doña María Luisa de Borbón y los que, con detrimento de su salud, hacía al Monasterio de Atocha para librarse de los malos espíritus, no hizo alguno tan digno de mención como el postrero de su vida, que fué á l de Noviembre de 1700.

Desde que en Felipe V arreció la melancolía, apenas si Madrid era Corte, pues lo más del año estábanse el rey en La Granja, que para él era un delicioso remedo de los maravillosos jardines de Versalles. Gustaba poco del Buen Retiro porque en él sufrió la muerte su primera esposa, aunque no dejó de buscar consuelo en



El Palacio de Riofrio



El Palacio de La Granja

(Estampas antiguas, que se conservan en la Biblioteca Nacional)

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



En las playas de moda es donde mejor se puede seguir la evolución de la *toilette* de una elegante varias veces al día, por la facilidad de encontrarla invariablemente en los mismos centros de reunión, donde podemos, al contemplar su metamorfosis, estudiar su personalidad.

Sencilla y adorablemente vestida, con originalidad de buen gusto, por la mañana en la playa; de una fantasía poco ruidosa, á la vez que exquisita en el conjunto, por la tarde, á la hora del té; y espléndida é irresistible, bajo las galas suntuosas, de noche, á la luz de potentes focos y deslumbrante pedrería.

Os hablaré esta vez de lo que se verá en la playa, donde, bajo una aparente sencillez y despreocupación, disimulan las mujeres *chic* una coquetería muy requetesabidamente estudiada. Ante todo, se preocupan de que la silueta sea muy juvenil y aniñada, y lo consiguen con el uso de las creaciones «FLORES DEL



También es muy elegante ese vestido para playa ó *sport*: se compone de traje entero y chaqueta amplia de *tussor* blanco, combinado con seda lavable escocesa, á cuadros verdes, amarillos, negros y azules.

Muy juvenil es el último, de tejido esponja blanco, bordado con lana verde. Sombrero blanco, cuyo casco de jersey verde cae detrás con una borla.

Se me olvidaba advertiros, y os ruego me perdonéis, que usando constantemente, como lo hacéis, los productos de nuestra admirable PERFUMERÍA FLORALIA podéis bravamente desafiar las brisas del Océano y los aires de las montañas sin temor para vuestro cutis, ya preparado convenientemente por sus deliciosas creaciones, que todas usamos con éxito, por el admirable dentífrico OXENTHOL y por el indispensable desodorante higiénico SUDORAL, que no os manchará los vestidos y os libertará de los inconvenientes del sudor, al que purifica y desodora.

MAR DE MUN



CAMPO» primero, y después eligiendo formas sencillas y tejidos muy claros, donde se destaque una nota de un color vivo, chillón y algo atrevido. Los tejidos son, naturalmente, lavables; este año tienen mucha aceptación los *tussors* y *shantung*s y las gruesas telas de hilo algo burdas de aspecto.

Continúa la invasión de los bordados, y, á pesar de lo mucho que se han vulgarizado, no se cansan ni los modistos en repetirlos ni nosotras en llevarlos; sin embargo, en la calle es muy fácil reconocer las copias que hacen las niñas recién salidas de los conventos ó las costureras con «humos» de modista, por la meticulosidad de detalles y pobreza y timidez de colorido, que contrasta con la valentía de tonos y sencillez de composición, que como una pincelada maestra acredita una buena firma ó como una pastilla de jabón «FLORES DEL CAMPO» toda una Perfumería.

Los trajes de baño se hacen de raso *foulard*, tafetán, popelina y jersey de seda ó de lana, prefiriéndose este último sobre todos los demás.

El primero que os he dibujado es un poco olé olé (como diría una francesita, amiga mía); es muy gracioso y será de buen gusto en una silueta esbelta y joven. Es de gruesa seda blanca, con grandes motas azules, y está adornado con seda azul lisa, que forma la cintura y una imitación de bolsillos; los pantalones interiores son á volantitos. El segundo, de un *chic* severo, es de jersey de lana azul marino muy oscuro, adornado con jersey de lana blanco, sobre el cual lleva unos bordados azules. Pantalón interior de forma recta.

Flores del Campo
 • Jabon • Colonia • Extracto •
Oxenthol Sudoral



MAR DE MUN